# Cuba era una fiesta

G. GARCÍA

MONTEVIDEO, 25 DE ENERO DE 1999 - ES UNA PUBLICACIÓN DE MICROCOSMOS S.A. SE VENDE EXCLUSIVAMENTE CON EL OBSERVADOR. $ 20

Jaime Fuentes

JAIME FUENTES

# CUBA ERA UNA FIESTA

MINAS 2016

*Cuando al peso de la Cruz*
*el hombre morir resuelve*
*sale a hacer el bien y vuelve*
*como en un baño de luz.*

José Martí

# INDICE

## INTRODUCCION

Dicen que la suerte es estar en el lugar justo, en el momento justo. Yo soy un hombre de suerte. El 21 de enero de 1998, cuando Juan Pablo II llegó a Cuba, en la tribuna de prensa del aeropuerto de La Habana el corazón me latía fuerte, fuerte, por mi suerte.

Desde dos días antes de llegar el Papa, hasta el día siguiente de marcharse de vuelta a Roma, cubrí la información de su viaje para *Radio Nuevotiempo* de Montevideo (gracias, Jorge Traverso, por confiar en mí) y fui uno de los 3.000 afortunados periodistas de todo el mundo que dieron fe de un suceso extraordinario.

Desde el 25 de noviembre de 2016, cuando el mundo supo que había muerto Fidel, los medios de todo tipo parecen insuficientes para difundir tantas y tan opuestas opiniones sobre este hombre singular, que tuvo el raro privilegio de recibir el saludo de un Papa santo, primero, y de sus dos sucesores.

No obstante, entre los incontables comentarios sobre Fidel que circulan por la *web*, no sé de ninguno que mencione las profecías que hizo San Juan Pablo II sobre Cuba durante su visita a la isla. ¿Será, tal vez, porque las hizo en latín? No lo sé, pero ahora que el Comandante Supremo ya no está, pienso que han adquirido un relieve muy particular.

Los profetas hablan de parte de Dios y, en este sentido, el entero viaje del Papa fue una profecía, basta con leer sus homilías y discursos. Pero el caso es que, además de lo que dijo oficialmente, Juan Pablo II pronunció dos oráculos en Cuba que, en la nueva situación post-Fidel, tal vez se cumplan por completo y empiece para los cubanos un nuevo amanecer.

El diario *El Observador*, de Montevideo, publicó las páginas que siguen en 1999. Ahora las comparto en esta edición digital, porque aquel viaje del Papa santo a la isla fue realmente histórico. No he añadido ni he quitado nada. Fue una semana, realmente, en la que *Cuba era una fiesta*.

8 de Diciembre de 2016
Solemnidad de la Inmaculada Concepción

**Lunes 19**

## LLEGAR A LA HABANA: HAY HUMO EN TUS OJOS...



Volar en un Yak-42, fabricado en la Unión Soviética cuando los soviets aún estaban unidos, tiene cierta dosis de emoción.

Si la emoción se envuelve en una humareda blanca que le daba a la cabina un ambiente decididamente sicodélico, y se le añade que el Yak no despegó cuando ya se encontraba en la cabecera de la pista, el vuelo 453 desde Cancún a La Habana, en Cubana de Aviación, es una historia que hay que contar paso a paso.

A las 12 del mediodía, hora prevista para salir, todos los pasajeros estábamos incómodamente sentados en los estrechos asientos de a tres del Yak-42. En mi fila, una pareja de argentinos, menores de cuarenta años,

realmente atípicos: no hablan nada. Ella mira por la ventanilla mientras él lee un folleto, ajado de tanto uso, que explica las características del avión.

Me distraigo en la observación del general descuido del aparato: cortinas sucias, rendijas sin cubrir, portaequipajes que no cierran bien... Paseando la mirada estaba, cuando lo vi, pasillo por medio y serpeando en el suelo: era un humo blancuzco, de poca densidad, salido de no sé qué madriguera. A medida que se desparramaba por el piso aumentó su volumen y su blancura: en cosa de segundos, la cabina del Yak estaba a punto para un recital de rock.

Los argentinos hicieron que no veían nada; un matrimonio de mexicanos, en la fila delantera, al darse cuenta de lo que pasaba se miraron y empezaron a reírse sin consideración.

Entonces intervino una azafata, profesional de verdad, capaz de esfumar, literalmente, el humo y la inquietud con una sonrisa.

- Es el aire acondicionado, explicó con displicencia, mientras revisaba si los señores pasajeros teníamos ajustados nuestros cinturones.

El Yak-42 salió así a la pista, asmático. Al llegar a la cabecera comenzó a acelerar los motores, un poco y un poco más aún, hasta vibrar con la alegría de la inmediata carrera que lo despegaría de la tierra. Al alcanzar su máxima aceleración, no obstante, como si de repente se diera cuenta de que había olvidado algo, bajó las revoluciones al mínimo y emprendió la vuelta al punto de partida.

Mientras se movía despacio por la pista lateral, en dirección a uno de los edificios, en la segunda fila delantera también había un extraño movimiento: dos azafatas y dos miembros de la tripulación atendían especialmente a un pasajero, no veía yo si era hombre o mujer; hablaban con él, le ofrecían un vaso de agua...

Se detuvo el avión. Entonces, desde la segunda fila hasta la puerta del fondo del Yak, una procesión recorrió el pasillo en el siguiente orden: una azafata, un camarero, un bolso de nylon enorme, cargado por una mujer que tenía esos años de juventud divino tesoro que etcétera; otra azafata, un oficial y el capitán del avión.

Silencio absoluto en el Yak, mientras pienso a mil por segundo lo que supondrán todos: es traficante de drogas, contrabandista, terrorista, refugiada, disidente...Veo por una ventanilla que otras dos mujeres toman a la pasajera del brazo... ¿Qué pasa?

Cinco minutos más tarde habla el comandante del Yak:

- Comunicamos que por razones de salud de uno de los pasajeros, nuestro vuelo sufrirá un retraso.

Cuando han pasado diez minutos, me impacienta la falta de noticias. Voy a la puerta del fondo del avión, donde está el copiloto.

- ¿Se sabe algo?

- No debe tardar mucho más, responde. Es un problema de seguridad. Usted ya sabe quién llega el miércoles a Cuba ¿verdad? Si le pasa algo a un pasajero... ¡la que se arma!

Casi no había terminado de darme la explicación, cuando el bolso y su dueña entran en el avión.

- ¿Se encuentra mejor?, me intereso.

- Sí, un poco, sólo un poco...

Está pálida, pero es vehemente al contar:

- Fíjese que el corazón empezó a latirme ¡así, así, así!, y me subió la presión, y yo creí que…

- Pero ya pasó todo, trato de tranquilizarla. Ahora yo voy a rezar por usted y ya verá que...

- ¡Sí, Padre, por favor!, interrumpe ella. ¡Siéntese a mi lado! ¡Estoy segura que si voy con usted no me va a pasar nada!

Allá fuimos, a la segunda fila, premiado el detalle, qué tontería, con unos cuantos aplausos que eran pura impaciencia de salir de una vez.

Poco más de una hora tardó el vuelo. La enferma, ya tranquila, tuvo buen cuidado de sacar de otro bolso un espejito, coloretes y demás elementos que la ayudaron a recuperar su figura.

Aunque tenía pasaporte norteamericano, era cubana;  y creyente: en Jesucristo Nuestro Señor, en su Madre la Virgen y en los santos:

- ¡Nunca viajo sin mis estampas, Padre!, dijo, mientras hurgaba en el bolso hasta encontrar las de Santa Teresita, San Judas Tadeo, San Antonio, Santa Rita, San Jorge...

Tenía problemas, muchos problemas, confesaba en un tono de voz no precisamente privado, y estaba buscando un psiquiatra que la ayudara a resolverlos.

- ¿Por qué no va primero a la iglesia, le aconsejé, se sienta en un banco y empieza a contarle a Dios, con calma, sus preocupaciones?

Escuchó la propuesta con interés.

- Además, estoy seguro de que si habla con un sacerdote le resultará más fácil encontrar solución a sus problemas.

- ¿Y con quién podría hablar?

- Con el Padre Teodoro, en la parroquia del Carmen. Anote la dirección.

Sacó de su bolso una libretita y apuntó los datos que le dicté. Añadió:

- ¿Sabe que ya estoy sintiéndome mejor?  Me parece que las dos pastillas que me dieron en el aeropuerto, para bajar la presión, me están haciendo efecto...

Y se durmió.

## *¡BIENVENIDO A CUBA, SEÑOR!*



*En el centro, la parroquia Nuestra Señora del Carmen*

Del Padre Teodoro yo conocía solamente su voz. Habíamos hablado por teléfono una vez, desde Montevideo, quince días antes, cuando la agencia de viajes ya se daba casi por vencida de poder encontrarme una habitación en algún hotel de La Habana.

- ¡Está todo tomado!, decían. Pero tenga confianza, ¡aparecerá!

Quien apareció fue Teresita Porcile, que en paz descanse, teóloga de profesión, conferenciante por vocación, y que fue una de las personas que más amistades tuvo en cualquier parte del mundo.

- Teresita, ¿sabrá de alguien en Cuba que...?, insinué.

Me habló entonces de una religiosa encantadora que había conocido en 1994, con la que le va a interesar mucho conversar y a la que tiene que llevarle mis saludos y éste es el teléfono y el fax. Se refirió también a una historiadora fuera de serie que vive en la calle 34, entre la 19 y la 21, que ahora cambió de teléfono: es éste, con el 537 delante, la característica de La Habana. Me dijo después que en el año 91 ella había participado en un encuentro de discapacitados en el hotel Habana Libre...

- ¿En qué hotel?

- El Habana Libre, que antes de la revolución era de la cadena Hilton y yo iba a Misa todos los días a la parroquia del Carmen, que queda muy cerca de ahí y es una maravilla, y había un Padre muy bueno...

- Teresita, ¿tendrá el teléfono?...

- Sí, claro.

¿No es fantástico que le pareciera "claro" conservar ese teléfono? Fue una manifestación, pienso, de lo que el Papa llama el "genio femenino" y que se expresa así, en pequeños detalles importantísimos...

La referencia al hotel Habana Libre me había interesado especialmente, porque en él estaría funcionando la Sala de Prensa durante la visita de Juan Pablo II a Cuba. Si la parroquia del Carmen estaba cerca, mejor imposible.

Carmelitas españoles son los que fundaron y llevan esta parroquia. El religioso que Teresita había conocido estaba destinado en otro lugar; el Padre Teodoro era ahora el párroco. Le expliqué por teléfono quién era y a qué iba a Cuba, siempre que tuviera dónde pasar la noche...

- ¡Sí, hombre, cómo no!, escuché, agradecido, aunque me adelantó que era muy poco lo que tenía para ofrecerme. Supongo que usted tendrá espíritu de sacrificio y sabrá llevarlo bien, agregó.

- De eso no se preocupe. Padre, añadí, ¿le hace falta algo que pueda llevarle?...

- ¡Nos hacen falta dones y dádivas del cielo, y esto es lo que nos traerá el Papa!, me respondió. Le espero entonces el lunes 19. ¡Adiós!

Este hombre vale un Perú, pensé mientras colgaba el teléfono, contento de haber resuelto mi alojamiento en un sitio cercano al lugar de trabajo y, sobre todo, donde podría celebrar Misa sin dificultades.

El vuelo 453 de Cubana de Aviación llegó a La Habana sin más alteraciones que el retraso provocado por la enferma, ya recuperada por completo.

Las tres de la tarde, veinte grados de temperatura, cielo grisáceo. El aeropuerto internacional José Martí es chico, feúcho y está descuidado: es entrar en Cuba por la puerta de la cocina, una lástima.

En el ómnibus que lleva a los pasajeros hasta la sala de inmigración, tuve el primer encuentro con Juan Pablo II: encima de la terraza que daba a la pista, varios obreros colocaban un retrato grande del Papa, sonriente, revestido con ornamentos rojos, que centraba el lugar donde sería recibido.

En una pared del costado del edificio, dos pintores habían terminado la palabra PATRIA, la primera de una leyenda aún inconclusa.

En la puerta de entrada al local de inmigración, me sorprende este acto de fe, dibujado sobre el vidrio: “Creemos en la revolución, por la solidaridad antiimperialista, la paz y la amistad”.

Bueno, ¡estoy en Cuba! Hago cola en una de las filas que se han formado delante de los funcionarios, que visten uniforme verde oliva. No han pasado ni dos minutos cuando uno de ellos se acerca hasta mí:

- Venga por aquí, señor.

Me lleva hasta la cola de la derecha, donde esperan dos o tres pasajeros. En el mostrador hay un cartel que dice **Diplomáticos. Prensa.**

- ¡Bienvenido a Cuba, señor!, saluda el funcionario cuando le entrego el pasaporte. Se ve confundido al leer el renglón donde dice “Sacerdote” y, después, cuando se da cuenta que la visa de entrada es de clase D-6, de periodista.

- Soy sacerdote, le explico, y vengo a Cuba para informar sobre la visita del Papa.

- ¡Muy bien, señor!, exclama mientras sella las hojas. ¡Gracias por venir a Cuba, que pase muy bien en nuestro país, señor!

Me sorprende la bienvenida, porque sé que, hasta no hace mucho tiempo, los propios Obispos cubanos solían ser destratados cuando volvían del exterior.

Ser esperado por alguien al llegar de un viaje es una sensación que merece estudio: de hecho, desde Penélope aguardando a Ulises y del padre de familia expectante por el deseado arribo de su hijo pródigo, ¿cuánto no se ha escrito? Para no irme por las ramas: sentí una especial alegría, al salir del aeropuerto de La Habana, cuando me encontré con Manolo, un hombrón de treinta y tantos años, pelo abundante y bigotones, sonriente, con manos grandotas.

Manolo es hermano de Lourdes, la mujer de Jorge. Jorge es un uruguayo que, por cosas de la vida, recaló en Cuba durante veinte años y después regresó a Montevideo, donde vive ahora.

Jorge es un excelente periodista que llegó a tener en Radio Rebelde, de La Habana, el programa "Haciendo Radio", que alcanzó una masiva audiencia. Ahora Jorge convive con una cruel enfermedad que, entre periodos de relativo bienestar, lo obliga a internarse en el Hospital Maciel en un total aislamiento y sin saber si saldrá otra vez a la calle. Jorge es también un hombre que ha sabido conservar dos cosas muy importantes: el buen humor y su devoción a la Virgen de la Medalla Milagrosa.

Al salir del aeropuerto, Manolo y yo tomamos un taxi.

- ¡Que sean taxis oficiales!, me había recomendado Lourdes. Hay otros con los que nunca se sabe qué puede pasar.

- Vamos a la parroquia del Carmen, en la calle Infanta, entre Neptuno y Concordia.

Salimos hacia la ciudad por la avenida Rancho Boyeros, de doble mano. Y también a contramano; y cruzando la avenida... Los veinticinco minutos de viaje fueron un asombro ininterrumpido: Chevrolets modelo 55, que marchaban a paso de hombre, es decir, del hombre que los empujaba; Cadillac y Oldsmobile que incluso en Montevideo ya no se ven; ciclistas frenando con su alpargata; motos con sidecar...

Manolo me preguntaba por la familia y yo por su trabajo, de nivel gerencial, en el que gana 8 (sí, ¡ocho!) dólares por mes.

- Pero, ¿cómo es posible, cómo te las arreglas para vivir?

- Bueno, aquí vamos, ya ve... Y, sonriente, no comenta nada más sobre el tema.

Además de la circulación, hay otro elemento que me distrae: los anuncios prolijamente escritos en paredones y carteles: “Decididos a seguir siendo libres”, “En cada barrio, revolución”, “Firmes en la raíz”, “Tenemos y tendremos socialismo”, “Hasta la victoria siempre”, “Unidos en una sola causa bajo una sola bandera”...

También veo banderas de Cuba y del Vaticano colgando de las columnas de luz. Y me alegra especialmente un anuncio en el que aparece un perfil del Papa con esta leyenda: “Bienvenido Juan Pablo II”. Y otro, en un largo muro, suena a blasfemia: “Creemos en la fe. Creemos en la esperanza. Creemos en Fidel”.

Me cuenta Manolo, Ingeniero de Sistemas, que está haciendo un curso para mejorar de posición en su trabajo. Se ríe:

- Estoy aprendiendo computación de nuevo, ¡fíjese! Yo me había formado en la Unión Soviética, todo en ruso... y ahora, ¡todo en inglés!

“Patria o muerte, venceremos”, “Revolución siempre”, “Comandante en Jefe, ordene”, “Son tiempos de lealtad”...Los carteles se suceden con mínimos descansos, muy de tanto en tanto, que me parecen -¡oh, consumista!- bocanadas de oxígeno: “Pepsodent”, “Omo”, “Havana Club, el ron de Cuba”.

Interviene el taximetrista, un mulato delgado, señalando a la izquierda:

- Ese es el hospital psiquiátrico. ¡Es muuuy grande, muuuy grande!

Lo ha dicho en un tono indefinido, mezcla de orgullo e ironía, que no me atrevo a aclarar. Mirando el conjunto, alcanzo a leer la leyenda enorme en un muro, detrás de un gran campo de fútbol que forma parte del hospital: “El deporte, factor de rehabilitación mental”.

Continúa el viaje y me sorprendo extrañando los “graffiti” de Montevideo. “En Cuba no habrá gobierno de transición”, “Elecciones 98. Colosal victoria del pueblo”, “En la unión está la fuerza”... El AGOBIO es mayúsculo.

- ¿Cuánto podrá costar el taxi hasta la parroquia?, le había preguntado a Lourdes.

- Diez o doce dólares.

- Son 19 dólares, señor, me dice el taximetrista al llegar.

Mientras le pago pienso que, en estos días que vienen, la ley de la oferta y la demanda va a funcionar en Cuba como nunca.

## TOMARLE EL PULSO A LA HABANA



*Llama la atención el general descuido de las casas…*

Si es un motivo de alegría ser esperado al llegar de un viaje, mucho mayor lo es encontrar a Alguien en una iglesia. Fui a saludarlo apenas llegué a la parroquia del Carmen. Está a la izquierda del altar mayor, en un estupendo sagrario de mármol con puerta de bronce y esmaltes, y custodiado por ángeles. Otro ángel, desde una columna lateral, sostiene con gracia la lamparita roja que señala la presencia real de Cristo en la Eucaristía. Esta lámpara no se apaga nunca; pero, durante las horas en que la parroquia está abierta al público, tres más pequeñas, a cada lado del sagrario, y otras dos mayores que sostienen dos ángeles arrodillados, también permanecen encendidas.

Floreros con flores frescas, encima del altar, alegran aún más este

espacio, el más sagrado del templo. Una imagen del Niño Jesús de Praga, en el nicho del retablo barroco -columnas salomónicas doradas, capiteles dorados, vueltas y revueltas en madera dorada- infunde majestad a la capilla del Santísimo.

La imagen de Nuestra Señora del Carmen está en el centro del retablo del altar mayor. Más grande que el tamaño natural, sosteniendo al Niño en su brazo izquierdo y el escapulario en la mano derecha, la Virgen tiene una expresión de tierna preocupación de madre. San Juan de la Cruz y Santa Teresa, desde sus nichos, inspiran una confiada devoción a la Madre de Dios.

El edificio de la parroquia y el convento anexo, fueron construidos en los años veinte. La única torre que sostiene el campanario está rematada por una imagen, fundida en hierro, de seis metros de altura, también de la Virgen del Carmen: desde aquí, es evidente, Ella ve bien a sus hijos de La Habana.

El Padre Teodoro es tan buena persona como lo había imaginado al hablar por teléfono: cálido, optimista, un luchador que está en Cuba desde la época de Batista. Lo encontré en el ala izquierda del claustro pegado al templo, no digo rodeado sino asaltado literalmente por un enjambre de chicos, hombres y mujeres, a los que intentaba repartir, con un mínimo de orden, "¡un sellito, un sellito para mí!", según le pedían a gritos: eran chapitas de lata, con un alfiler para prenderlas en la camisa, con una foto del Papa y las fechas de su visita a Cuba: a dos días de la llegada, el clima de fiesta estaba a punto de reventar.

La verdad es que nunca he usado los mapas para ubicarme en una ciudad: siempre prefiero preguntar por los sitios adonde quiero ir. Después, al marcharme, entonces sí me gusta consultar el mapa para conocer dónde estuve.

- ¿La calle 23 esquina O?, pregunté a un hombre de unos 50 años, apenas salí de la parroquia, para ir al Centro de Prensa Internacional y recoger la imprescindible acreditación de periodista.

- Sí, cómo no, está muy cerca, me respondió. Siga por esta calle, que es la N, hasta la 23, que es una avenida con mucho movimiento. Allí usted tuerce a la derecha y enseguida la encontrará.

- Ah, muy bien, muchas gracias.

- Perdone, ¿usted es sacerdote, verdad? ¿Y viene por la visita del Papa? ¿Y usted de dónde es? ¡Bienvenido a Cuba! Oiga, Padre, ¡deme su bendición!

Empecé a responderle en orden inverso a las preguntas, dándole la bendición. Jorge, en Montevideo, me había advertido que los cubanos son extrovertidos y dicharacheros, amables, una gente estupenda, como lo estaba comprobando desde el vamos.

Del Centro de Prensa hasta el hotel Habana Libre, en la calle L y la 23, no hay más de doscientos metros, pero tardé media hora en recorrerlos. Y es que aquí la vida ¡vuela!..., y hay que verla despacio.

La vida en La Habana tiene intensos colores tropicales: todos los tonos de verde, rojo y amarillo. Es una vida gritona, piropeadora y cariñosa.

En la calle 23 hay algunos, muy pocos, comercios en los que se paga en dólares; y hay puestos de fritangas indefinidas, en los que la gente hace cola para pagarlas con pesos cubanos. Por la calle 23 circulan motos, bicicletas, autos viejísimos y algunos LADA 1500. Te ofrecen un taxi cada veinte metros; "¿tabaco o ron, señor?" cada veinticinco, y te ofrecen si te pueden ofrecer algo. En la calle 23, y en la 12, y en todas las que he visto en estos días, el deterioro de los edificios es penoso, como víctimas de una guerra que terminó hace décadas: escaleras de piedra sin escalones, ventanas con vidrios rotos, rejas herrumbradas, puertas de entrada a las casas remendadas con pedazos de nylon y alambres. Estas paredes no han sido pintadas, ni encaladas, ni arregladas desde hace muchos, muchos años. Es como si nada tuviera dueño, como si todo fuera de nadie.

El Habana Libre es el primer mundo: veinticinco pisos que empiezan en un hall de 60 metros, refrescados por un espejo de agua con dos surtidores, atravesado el conjunto por una señorial escalera que lleva al primer piso, a ocho metros de altura. Bordeando el estanque de la planta baja, los pasillos dirigen la circulación hacia el "Salón de la Solidaridad" y al "Salón de Embajadores".

En el primero estaban instaladas 40 computadoras, 50 teléfonos y los aparatos para digitalizar y transmitir imágenes. En el camino hacia el segundo



salón, tres salas de menor tamaño en las que también hay computadoras, equipos de video y de audio, faxes y teléfonos. En el "Salón de Embajadores", no menos de 500 butacas perfectamente ordenadas y cómodas. Al fondo, los despachos de las agencias ANSA, EFE, AP y de la Oficina Católica de Prensa. Un televisor de pantalla grande completaba el equipamiento, más que suficiente para que los periodistas pudieran trabajar con comodidad.

Al salir de la sala, después de arreglar las cosas para transmitir a las 6 de la mañana a *Nuevotiempo*, tuve la última alegría de la primera jornada en Cuba.

José Luis Ponte es un sacerdote uruguayo que tiene 31 años de edad y cuatro de sacerdocio. Desde hace un año está en Madrid haciendo estudios de doctorado y, como gracias a Dios no sabe trabajar poco, además de estudiar, predicar y confesar, colabora en varias publicaciones religiosas, que lo enviaron a informar sobre el viaje de Juan Pablo II.

Él había llegado a La Habana cuatro días antes que yo, tiempo que le alcanzó para conocer a algunos directores del hotel, para hacer declaraciones por radio y TV y para entrar en contacto con una comunidad de religiosas a quienes celebraba Misa de madrugada.

Mientras comemos una pizza en el bar del hotel intercambiamos novedades. Al levantarnos de la mesa, a las diez y media de la noche, un periodista colombiano me pide una corta declaración para su emisora:

- ¿Cuál cree que será el mensaje de Juan Pablo II en Cuba?

- El mismo de todas partes: que vale la pena ser fieles a Jesucristo.

- ¿Nada más?

- ¡Nada menos!

## Martes 20

## UNA ENTREVISTA, UN SANDWICH Y UNA CERVEZA




La Habana es una ciudad segura. Tuve la primera prueba a las cinco y media de la mañana de este segundo día.

La verdad es que no me hacía ninguna gracia salir a esa hora, camino de la sala de prensa para transmitir mi primera crónica, aunque estaba sólo a cinco cuadras. La Calzada Infanta, que en otro tiempo debe haber sido señorial -las casas en torno a la parroquia y a lo largo de varias cuadras están sostenidas por una elegante columnata- estaba casi solitaria. La parroquia, blanqueada hace poco tiempo, destacaba en la noche: es, en la zona, el único edificio mantenido; el resto, da lástima.

Apenas había empezado a subir la cuesta de la Universidad, al tomar la calle N, cuando se acerca un mulato sonriente:

-Buen día, señor, aunque todavía sea de noche. ¿Usted de dónde es?

-De Uruguay, respondo, mientras sigo caminando.

-¿Y está pasando bien en Cuba?

-Sí, por supuesto.

-Mire, señor, me explica, aquí somos 11 millones de habitantes y hay unos 70.000 que se dedican  a la seguridad...

-¿Y tú eres uno de ellos?

-¡Claro, señor, para que usted esté tranquilo y disfrute de nuestro país! ¡Adiós, señor!

Sigo mi marcha, pensando si éste será mi Ángel Custodio disfrazado... Me temo que no: son demasiados, como se verá,  los "ángeles" que hay en La Habana.

Después de transmitir la crónica volví a la parroquia, contento porque a las 8 iba a celebrar mi primera misa en Cuba. Asistieron 25 o 30 personas, mujeres en su mayoría, jóvenes y algunos hombres. En una iglesia como ésta, que me recuerda por su buena factura a la del Cordón o a la de la Aguada, de Montevideo, la pobreza del vestido y la delgadez de los que asisten a Misa es dolorosamente llamativa. Rezo por ellos y por Cuba.

Desayuno con los frailes. No paran de comentar los preparativos para recibir a Juan Pablo II, mientras disfrutamos de una taza de café y tres pedazos de pan tostado, huérfanos. Nadie dice ni una palabra, por supuesto, sobre lo poco que comen.

Escarmentado con el taxi oficial que me trajo ayer desde el aeropuerto, salí a la calle con propósitos de "clandestinidad".

-¿Necesita un taxi, señor?, me pregunta un muchacho a los dos minutos.

-¿Cuánto me va costar ir hasta el barrio Playa Miramar?

-Tres dólares.

Me pide que lo acompañe media cuadra, hasta un Lada 1500, color gris, polvoriento con ganas. Es una mujer la que está al volante. A su lado, un moreno joven.

-Quiero ir a la calle 12, entre la 5a. y la 7a., en Playa Miramar.

Ella le consulta al muchacho, que le dice que tome por ésta y después por aquella... Tiene la señora el aspecto de una madre de familia con tres o cuatro hijos, de clase media venida a menos. Entiendo que ha salido a la calle para tratar de ganarse unos dólares. Intento, sin éxito, saber qué piensa de la visita del Papa a Cuba: da la impresión de que no domina la ciudad y está nerviosa por el tráfico.

La capital cubana tiene una estructura similar a la de Montevideo: la Habana Vieja descansando sobre el puerto; el Malecón, igual a nuestra rambla, que dibuja el contorno de los barrios El Vedado y Miramar. El hotel Habana Libre y la parroquia del Carmen estarían a la altura de Pocitos. Playa Miramar es la zona residencial de embajadas, sedes de organismos internacionales y de personajes del gobierno. Aquí se encuentra la Nunciatura Apostólica, en la que me dejó el taxi después de 15 minutos de viaje.

La embajada de la Santa Sede es una casa de dos plantas, de un estilo entre francés y colonial, de gusto discutible. Aunque el tiempo de Navidad ya terminó, al lado del portón de entrada todavía están puestas las figuras del Nacimiento, de buen tamaño y, en la fachada de la casa, una estrella de luces intermitentes.

Monseñor Beniamino Stella es el representante pontificio en Cuba. Me habían dicho que era muy amable y muy discreto. Lo comprobé personalmente. Monseñor Stella tuvo la gentileza de recibirme unos minutos. Por el detalle del Nacimiento, que estoy seguro que gustará al Papa, y por su trato, entiendo que, además de discreto y amable, el Nuncio en Cuba debe ser también un hombre piadoso.

* * * * *

- *Esta é a casa na que o Papa Joao Paulo II descansará, antes de começar amanha o seu maratonico viagem a Cuba.*



Al salir de la Nunciatura, del otro lado de la reja, un periodista de la red *O Globo* repetía una y otra vez la presentación, mientras se maquillaba con un papelito empolvado. Nos presentamos y hablamos de lo que él ha dicho: el viaje del Papa es una verdadera prueba de resistencia, preparada como si tuviera quince años menos: llega el miércoles de tarde y al día siguiente, a las ocho y media de la mañana, vuelve a tomar el avión para ir a celebrar Misa a Santa Clara; regresa al mediodía y de tarde se entrevistará con Fidel. El viernes y el sábado, idéntico plan: de mañana irá a Camagüey y a Santiago de Cuba, y de tarde, en La Habana, tendrá un acto en la Universidad y un encuentro con los enfermos. Si esto ya parece mucho, el domingo es la locura: en la Nunciatura, a primerísima hora, encuentro ecuménico; después, Misa en la Plaza de la Revolución. Al mediodía, encuentro con la Conferencia Episcopal; a las 5 de la tarde, con los sacerdotes, religiosos, seminaristas y algunos laicos, en la Catedral. Después, en el aeropuerto, despedida.

- ¿Usted cree que resistirá?, me pregunta uno de los brasileños, mientras vamos en la camioneta de *O Globo* hacia la Plaza de la Revolución.

- Lo importante es lo que crea el Papa, respondo, dudando de mi sinceridad. La verdad es que, por las últimas imágenes que ví de Juan Pablo II en la Navidad pasada, no parece que esté en condiciones físicas de resistir un programa tan intenso y con el calor que se promete: aunque en el hemisferio Norte estamos en invierno, la temperatura tropical se hace sentir.

## UNA SANTERA Y UN SACERDOTE

La Plaza José Martí o Plaza de la Revolución es grande: calculo que en

ella caben dos canchas de fútbol tamaño Estadio Centenario. Al Norte, se encuentran los edificios de la Biblioteca Nacional y del Ministerio de las Fuerzas Armadas. Al Oeste, el Ministerio de Comunicaciones y, calle por medio, el del Interior. Sobre la fachada de este último, un gigantesco retrato del Ché mira hacia el monumento a Martí, en el lado Este: es un busto en piedra del prócer cubano, pensativo, colocado en la base de una torre de 40 metros de altura. Al Sur se encuentra el Teatro Nacional.

Desde el 1o. de enero de 1959, cuando Fidel Castro anunció el triunfo de la Revolución, esta plaza ha sido el lugar donde se ha convocado incontables veces al pueblo cubano, para escuchar al único líder del país. En octubre pasado, la multitud se reunió aquí para rendir honores al Ché Guevara, cuyos restos habían sido recientemente repatriados, treinta años después de su muerte.




El altar en el que Juan Pablo II celebrará el domingo la Santa Misa va a estar cubierto por una gran lona que entonces empezaban a levantar. En el conjunto de la plaza, lo que más llamaba la atención era la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, que cubría la fachada de la Biblioteca Nacional. Era una representación muy tradicional, de las que se pintaban en otra época, se podría decir. Me pregunté el motivo de la elección.

La gente. Me interesaba saber qué pensaban los cubanos sobre la visita del Papa, qué esperaban de ella. Hablé con dos mujeres que se encontraban en la plaza. Una de ellas, hablando muy serena, dijo:

- La visita del Papa puede traer consecuencias muy positivas para todo

el país. La gente se mantuvo alejada de la religión por causas políticas, muchos dejaron de creer en lo que la humanidad siempre ha creído... Por eso, pienso que si todas esas personas retoman lo que les enseñaron en la infancia, que son cosas muy importantes para la vida en todo el mundo -por cuestiones políticas uno no se va a olvidar de la fe que le inculcaron de pequeño-, se van a sentir renovados espiritualmente, en este acontecimiento que es historia para la humanidad.

Donde menos se espera salta la noticia. En la Plaza de la Revolución, mientras conversaba con un periodista mexicano de la CBS, la noticia apareció de pronto, a la vuelta de la esquina, y vino caminando hacia nosotros: era una mujer mayor, con un turbante en su cabeza, una túnica blanca hasta los pies, largos collares de colores...




- ¡Es una santera!, exclama admirado el periodista, mientras le indica al cameraman que esté atento.

- Buenos días, señora, ¿cómo está, cómo se llama usted?, le pregunta en seguida.

- Muy bien, señor, estoy muy bien, responde ella en cuanto se recupera de la sorpresa. Me llamo Marta.

- Marta, ¿qué edad tiene usted?

- 62 años, señor.

- Marta, continúa preguntando el periodista mientras me señala, ¿usted qué piensa de un sacerdote?  Y usted, Padre, ¿qué piensa de una santera?

La conversación con Marta fue encantadora. Contó con orgullo que ella era católica, que había hecho la primera Comunión y que siempre iba a la iglesia, y que ahora le pedía a Dios que la visita del Papa fuera un bien para toda Cuba. Agregó que desde hace algunos años se dedicaba a la santería, pero que ella nunca ha dejado su fe y que para ella el sacerdote es muy grande, muy bueno, un hombre que sólo hace bien a la gente...

Marta siguió su camino, contenta con algunas cosas que le dije. Encontraré en La Habana a otras santeras -una, siguiendo con atención la Misa en el primer banco de la parroquia del Carmen- que, en su falta de formación religiosa,  han llegado a esta mezcolanza de creencias en las que San Lázaro, Santa Bárbara y la misma Virgen de la Caridad del Cobre, patrona de Cuba, son interpretados en clave de antiguas divinidades africanas. El gobierno promociona la santería -es otro modo de disminuir la adhesión a la Iglesia- haciéndola aparecer como la genuina religión de la isla.




Me preguntaba: ¿cómo verán las autoridades revolucionarias la visita del Papa?  Antes de ir a almorzar al bar del Habana Libre, compré el Granma, órgano oficial del Comité Central del Partido Comunista de Cuba,  único medio de información público. Lo compré a un diariero, un hombre mayor de 60 años, que al dármelo y preguntarle cuánto le debía, me respondió encogiéndose de hombros, como quien vende algo en lo que no tiene arte ni

parte: - Deme lo que quiera...

*Granma* tiene habitualmente ocho páginas formato tabloide, pero este martes, víspera de la llegada del Papa, trae una separata especial con el texto de lo que había dicho Fidel en la televisión, ¡a lo largo de 6 horas! cuatro días antes. De las once páginas que ocupaban las declaraciones, casi seis estaban dedicadas a Juan Pablo II. Los conceptos de Castro eran elogiosos para el Papa, pero estaban viciados de origen: no admitían ni réplica, ni discusión, ni aclaraciones, ni matices, ni desmentidos.

*Granma* destacó estas palabras en su primera página, al lado de una foto de Fidel:: PENSEMOS EN TODOS LOS QUE EN EL MUNDO CREEN Y DEMOSTREMOLES COMO UNA REVOLUCION SOCIALISTA, COMUNISTA, ES CAPAZ DE RESPETAR A TODOS LOS CREYENTES Y A TODOS LOS NO CREYENTES. DEMOSTREMOLES, EN FIN, LO QUE ES LA REVOLUCION, QUE NO ES PARA INTERFERIR EN EL FUERO INTERNO DE CADA SER HUMANO, EN SU MODO DE SENTIR O DE PENSAR, SINO PARA TRAER LA HERMANDAD, LA JUSTICIA SOCIAL PARA LOS PUEBLOS, POR LO CUAL LUCHAMOS, PORQUE NO SOLO PREDICAMOS, SINO QUE ACTUAMOS.

Los conceptos del Comandante en Jefe cubano pasaban por alto estos datos: a fines de la década del 50 había en Cuba 670 sacerdotes, 225 instituciones católicas dedicadas a la asistencia social, 163 escuelas católicas y 3 Universidades. Hoy trabajan en la isla 4 o 5 instituciones de la Iglesia, que no tiene ninguna escuela, ninguna Universidad, y dispone de 260 sacerdotes para 11 millones de habitantes (en Uruguay, del que decimos con razón que tiene poco clero, para 3 millones de habitantes hay más de 500 sacerdotes). De las 120 iglesias que expropió el Estado, sólo 5 han sido recuperadas y no se ha podido construir ninguna en casi 40 años. Cerré el *Granma*, pagué la cuenta y fui a preparar la crónica que debía transmitir a las cuatro de la tarde.

## UNA VISITA BIEN PREPARADA

Fue una suerte encontrar a Monseñor Aranguren, Obispo de Cienfuegos y Secretario General de la Conferencia Episcopal Cubana, cuando salía del Salón de Embajadores. Me interesaba saber cómo se ha preparado la Iglesia en Cuba para la visita del Santo Padre. Monseñor Aranguren no oculta su satisfacción: dice que en el último año, yendo casa por casa y persona a persona, han repartido nada menos que un millón de ejemplares del evangelio

de San Marcos y que ahora empiezan a distribuir dos millones de un resumen del Catecismo de la Iglesia Católica.

- ¡Nuestra Iglesia tiene que ser misionera!, afirma convencido. El Santo Padre viene a confirmarnos en la fe y va a encontrar un terreno bien trabajado.

Dice también que, desde unos años a esta parte, las relaciones con las autoridades de la isla han mejorado. Lo que en ningún momento menciona es que en su diócesis de Cienfuegos hay 12 iglesias que no tienen techo y 3 que siguen ocupadas por organismos del Estado.

Le pregunto por la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, que vi esta mañana en la Plaza de la Revolución.




- ¿Por qué pusimos esa y no otra imagen? Por la sencilla e importante razón de que la evangelización, en Cuba, se hizo con ella. Si usted visita hogares cubanos, encontrará en muchísimos de ellos esa imagen, seguramente descolorida, quizás detrás de una puerta... Pensamos que verla ahora en la Plaza, el día de la Misa del Santo Padre, ayudará a que todos comprendan que el Papa viene a confirmarlos en la misma y única fe que recibieron de sus mayores.

Antes de despedirme, Monseñor Aranguren me regala algunas estampitas de las que se han impreso millares: en el anverso una foto de la

Patrona de Cuba y otra del Papa; en el reverso, el Padrenuestro, el Avemaría y la oración a la Virgen de la Caridad del Cobre.

- ¡Es necesario enseñar a rezar!, dice.

Después de tantas horas de vueltas y trabajos, si algo deseaba yo era estar un rato en la parroquia para rezar, precisamente, ya que a las 9 debía volver al Habana Libre: se había corrido el rumor de que Fidel Castro iría a dar una rueda de prensa y había que hacer guardia.

Claro que recé, pero no como había imaginado, en la tranquilidad de la capilla del Santísimo... A las 6 de la tarde, varios centenares de personas habían ensanchado el atrio de la parroquia y ocupaban casi la mitad de la calle Infanta. Desde un auto con altoparlantes, el Padre Teodoro animaba a cantar, a concurrir mañana a recibir al Papa que llegaba a Cuba y a la Misa del domingo, porque Juan Pablo II es el Vicario de Cristo, porque viene a nuestra patria a confirmarnos en la fe, porque queremos... (y subía el tono de su voz ); ¡que Cristo reine en Cuba! Entonces, a pleno ritmo tropical, con guitarras, maracas y claves, empezaba el canto, pegadizo como la miel: “¡Que viva Cristo, que viva, que viva Cristo, que viva, que viva Cristo, que viva el Rey!”.

Después de cantar diez o doce veces las mismas estrofas, cada vez con más entusiasmo, a las 7 anunció el P. Teodoro que entraríamos a la iglesia para tener una hora de adoración al Santísimo y pedir por el Santo Padre. Una vez expuesto sobre el altar en la Custodia, el párroco invitó a quienes quisieran, a hacer en voz alta sus peticiones. Durante más de media hora, de modo espontáneo y educados en su piedad (con devoción, sabiendo delante de Quien oraban), personas de todas las edades pasaron, de una en una, al micrófono. Dijeron, por ejemplo:

- Para que la visita del Santo Padre sea una bendición para la fe de todos nosotros y sirva para que los que no son cristianos crean en Dios nuestro Salvador, oremos al Señor.

- Para que esta visita de Juan Pablo II sirva de reconciliación a todos los cubanos, no solamente de unos con otros, sino con Jesucristo, y para que aquellos que no conocen al Señor encuentren en Juan Pablo II una puerta para seguir su camino, roguemos al Señor.

- Para que el Señor siga bendiciendo a tantas personas en el mundo que

con su ayuda desinteresada han hecho posible todos los preparativos que hemos podido desarrollar en medio de nuestro pueblo, roguemos al Señor.

(Razón tenía el que hizo este ruego: gracias sobre todo a la ayuda de la Iglesia de España, Alemania, Italia y de los países latinoamericanos, la Iglesia en Cuba ha podido enfrentar los gastos de preparación espiritual y de organización del viaje del Papa, incluidos los cientos de miles de dólares que ha cobrado el gobierno por los medios de transporte para movilizar a la gente que quiere ir a las Misas del Papa).

Alguien me comentó:

- Las cosas han cambiado, gracias a Dios. Esto de hoy (se refería al acto en el atrio y en la calle), hasta hace muy poco tiempo hubiera sido impensable. En una parroquia, el Domingo de Ramos del año pasado, el párroco organizó una procesión alrededor de la manzana, que duró ¡siete minutos!. Esa misma tarde, dos miembros del Comité de Defensa de la Revolución fueron a echarle en cara que había alterado el orden público...

**¿A QUÉ VIENE EL PAPA A CUBA?**

A las 9 volví al Habana Libre, con la esperanza, que fue defraudada, de ver concretado el rumor de la tarde. En lugar de la rueda de prensa con el Comandante en Jefe, Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y Presidente de los Consejos de Estado y de Ministros -son los títulos que copio del Granma-, la noticia, periodísticamente hablando, volvió a aparecer de la forma más inesperada.

Al entrar en el bar del hotel con la idea de comer algo rápido e irme a dormir cuanto antes, una mujer se acerca dubitativa, como preguntándose si podría abordarme. Entre 35 y 40 años, altura media, pelo castaño, corto, pollera azul, camisa estampada, un bolso en el brazo...: no había en su aspecto ningún rasgo que hiciera prudente ignorarla. Ante su indecisión le pregunté:

- ¿Quiere algo?

- Sí, hablar con usted, responde tímidamente. Pero tengo tantos nervios que es como si usted me fuera a entrevistar a mí, en vez de entrevistarlo yo a usted...

(¡Una entrevista más!,  pienso, con la esperanza de que sea corta: es que, antes de ella, un periodista norteamericano y otro colombiano ya me habían pedido declaraciones).

-Si eso es todo, con mucho gusto. Ahora iba a comer algo... Si quiere nos sentamos y hablamos.

La mujer no venía sola. Como en el taxi de la mañana, un muchacho mulato la acompañaba.

- Es el taxista, explicó.

Pedí una cerveza y una pizza para mí. Ellos, una cerveza y un sandwich.

La mujer no tenía acreditación visible. Le pregunté para qué medio era la entrevista y si podía identificarse. Abrió su bolso y extendió sobre la mesa tres carnets distintos de un periódico de cuyo nombre no quiero acordarme, y el del Partido Comunista.

- Bueno, usted dirá que quiere saber.

- ¿A qué viene el Papa a Cuba?

- El Papa viene a Cuba a cumplir su misión de confirmar a los católicos en la fe y a traer un mensaje de verdad y esperanza para todo el pueblo cubano.

- ¿Y usted, por qué vino a Cuba?

- Por la misma razón que los otros 3.000 periodistas de todo el mundo: para informar sobre esta visita del Santo Padre.

- Pero usted es sacerdote...

Le explico entonces que, efectivamente, la misión fundamental del sacerdote es celebrar Misa, predicar, confesar, pero que también soy periodista y que este hecho histórico del viaje del Papa a Cuba hizo que la radio con la que colaboro me enviara...

La periodista cubana sigue preguntando, pero en un momento, para mi

sorpresa, veo que ha dejado de escribir.

- Padre, no me diga nada más y escúcheme. Por favor, pídale perdón a Dios de mi parte y perdóneme usted.

- Pero, ¿qué está diciendo?...

- Padre, insiste ella, pídale perdón a Dios por lo que estoy haciendo y perdóneme. Usted ha sido muy amable conmigo y no tuvo ninguna dificultad en atenderme y contestar a mis preguntas abiertamente, pero yo tengo que decirle la verdad: a mí me mandaron que lo investigara.

- ¿Que me investigara qué, quién la mandó?, le pregunto extrañado.

- Padre, las cosas se hacen de tal manera que uno ya ni sabe quién es el que lo manda. Pero créame, es así: a mí me pidieron que lo investigara.

- Me resulta tan absurdo lo que está diciendo... ¿Qué podrá investigar que no se sepa?

Mientras su acompañante tomaba la cerveza y hacía de cuenta que no oía, la periodista continuó:

- Padre, rece por nosotros, por favor, para que todo esto se termine. Además -y lo dijo con un suspiro de profundo desánimo- ¡si yo estuviera convencida de que está bien lo que hago!... Pero yo sé que no está bien.

Pensé que era tiempo de terminar la conversación.

-Yo voy a rezar por usted y por Cuba, esté segura; pero esta entrevista ya no tiene razón de ser.

- Padre, me interrumpe: aquí le dejo mis datos -y los anotó en un papelito- por si alguna vez puede escribirme.

Nos despedimos. En el trayecto hasta la parroquia me sentía francamente incómodo. Antes de llegar tiré la notita con los datos: ¿para qué guardarla? Tardé bastante en dormirme, bastante.

## Miércoles 21

## LOS PERIODISTAS RECIBEN AL PAPA



A las cuatro menos tres minutos de la tarde, mientras en la tribuna de prensa mirábamos al cielo tratando de descubrir el avión que traía al Papa, apareció ante nuestros ojos, corriendo por la pista, el Jumbo 747 Giaccomo Puccini, de Alitalia, con las banderas de Cuba y del Vaticano en su nariz, como una pequeña broma. Dónde y cuándo aterrizó sin que lo viéramos, es un misterio hasta hoy.

Puntualísimamente llegaba a Cuba el Romano Pontífice. En la pista del aeropuerto, frente al sencillo podio desde el que iba a hablar, se encontraban las autoridades civiles y religiosas, el cuerpo diplomático y unos pocos centenares de personas, en representación de todos los fieles católicos. En la terraza, el retrato grande del Papa, que ví al llegar a La Habana, resaltaba con banderas cubanas y del Vaticano, encima de un gran letrero: “Bienvenido Su Santidad Juan Pablo II”. También estaba terminado el otro cartel: “Patria es humanidad”.

Se acercó la escalera a la puerta delantera del avión y subieron a saludar al Papa, el Cardenal Jaime Ortega, Arzobispo de La Habana, y el Nuncio Apostólico, Monseñor Stella. En la pista, sobre la alfombra roja, Fidel Castro. En la tribuna de prensa, a la derecha del Jumbo, los objetivos de las cámaras estaban sostenidos por la tensión y el silencio. Cuando se vió aparecer la figura blanca de Juan Pablo II, ¡clac, clac, clac, clac, clac, clac!...: el instante ya es historia.

**EL *GENIO FEMENINO* EN ACCION**

Muy bien organizado por el Centro de Prensa, el viaje de los periodistas desde el Habana Libre hasta el aeropuerto comenzó a las diez de la mañana: durante una hora, se llenaba un autobús y salía, y otro, y otro...

Las horas de espera en el aeropuerto fueron enriquecedoras, a pesar del rito necesario de la “revisión técnica”. Así se llamaba la ceremonia de dejar en un salón, en el suelo o encima de una silla, el instrumental que cada uno llevaba y salir afuera. Funcionarios de Seguridad revisaban entonces, uno por uno, cada bolso, cada cámara, cada grabadora.... Después de una hora de espera, recoja usted sus bultos y no se apure, que tendrá que volver a pasar todo más tarde por el aparato de rayos “X” de los aeropuertos, mientras lo observan en un video en blanco y negro y otro en color. Usted también deberá pasar por el detector de metales. ¡Señores!: la visita del Papa a Cuba requiere ¡Se-gu-ri-dad!

Las horas de espera fueron enriquecedoras por el trato con los periodistas, esta raza de hombres y mujeres que, aunque a veces no lo demuestren o demuestren todo lo contrario, son humanos, muy humanos.

A las doce del mediodía, el calor de La Habana se hacía sentir. Mientras esperábamos en un sector enjardinado del aeropuerto la primera revisión, sentado sobre un murito llamaba la atención un hombre solo. Primero, porque él era el único ajeno a la revisión técnica: delante suyo, en el suelo, tenía el bolso y, en su hombro izquierdo, la cámara de fotos. Pero, además, atraía su aspecto.

Vestido con normalidad -pantalón marrón, camisa azul, botas cortas de cuero tipo gamuza y chaleco gris de fotógrafo- la barba blanca contrastaba con su piel añosa curtida por el sol. Sentado en el muro, las manos cruzadas y mirando al infinito, daba la impresión de dominar la espera.

Este hombre se llama Alberto Díaz Gutiérrez, pero se le conoce por su apodo: Corda.

Corda ya era un buen fotógrafo en la época de la Revolución, cuando en la Sierra Maestra iba disparando su cámara al ritmo de las armas y con sus fotos engrosaba el archivo gráfico de Fidel.

Al verlo allí, solo, esperando sin esperar, me presenté a él con una curiosidad:

- Corda, ¿cuándo y cómo fue que le hizo el retrato al Ché Guevara?



El fotógrafo me cuenta entonces la historia que luego, a lo largo de las tres horas largas que debimos pasar antes de entrar a la pista, repetirá a grupos de italianos, españoles, argentinos, colombianos... (Yo tuve la primicia, que conste, gracias). Ya se sabe cuál es "la" foto a la que me refería: la que quizás más ha contribuido a hacer del Ché un mito y que se encuentra en la Plaza de la Revolución, en posters de mil tamaños, en camisetas y gorras y portadas de libros.

- Entonces yo tenía 32 años, recuerda Corda con voz grave. Fue el 5 de marzo de 1960 cuando hice esa foto. Fidel estaba dando un discurso en la Plaza de la Revolución, porque los de la CIA habían hecho explotar un barco... El Ché no estaba en primera fila, pero en un momento se asomó al frente del estrado. Y en ese momento yo le hice dos negativos; uno de ellos es el que después se hizo famoso. Lo raro del caso, continúa, es que esa foto no se hizo pública hasta 1967, cuando el Ché murió.

- ¿Y por qué motivo?, le pregunto extrañado.

- No sé; seguramente porque entonces no gustó.

-Y ahora Corda va a fotografiar a Fidel con el Papa...

Se sonríe, no dice nada y se queda ensimismado.

No se si María Luisa estaba esperando a que terminara de hablar con el histórico fotógrafo. El caso es que apenas lo hice, ella tomó la palabra.

Además del orden (recuerden a Teresita Porcile y su cuidado de conservar direcciones y teléfonos: a ella, en definitiva, le debo mi alojamiento en La Habana); además del orden, decía, otra de las expresiones del "genio de la mujer", es su capacidad de comunicación. No se trata del elemental "las mujeres hablan mucho", sino a la aptitud particular que suelen tener para transmitir convicciones con entusiasmo.

María Luisa era mexicana, madre de familia y periodista de televisión. Se acercó y se presentó:

- ¡Ay, Padre, qué bueno que por fin lo encuentro! (no le pregunto si llevaba mucho tiempo buscándome, porque ella sigue). Fíjese que yo estoy aquí enviada por Clara Visión. ¿Cóoomo? ¿Que no conoce Clara Visión? ¡Ahorita le explico lo que es! ¡Qué días únicos estamos viviendo!, ¿verdad Padre? Pues en Clara Visión hacemos programas que tienen valores, ¿me entiende? Y ¡si viera qué bien nos está yendo! Nuestra señal la reciben en casi toda América, ¡pero nos faltaba Uruguay!...¡Qué bueno Padrecito que usted vaya a ser el que introduzca a Clara Visión en los hogares uruguayos! Porque si no es empezando por la familia, dígame ¿cómo vamos a mejorar la sociedad, eh?, ¡dígame! (Yo...) ¡Pero claro, Padre, tiene toda la razón, es en la familia donde se resuelve todo! Y que haya gente y políticos que no lo crean y que... Oiga, Padre, ¡qué bueno haberlo encontrado! Usted sabe que yo estuve en Montevideo y hablé con esta persona y con esta otra, y verá, yo le explico en un momento lo que tenemos que hacer...

María Luisa me explicó todo y me convenció de su proyecto. Me preguntó también si pensaba ir a Santiago de Cuba el sábado, porque la coronación de la Virgen de la Caridad va a ser una maravilla y ¡qué bueno poder estar allí!, ¿verdad, Padrecito? Le cuento a María Luisa que me falta por concretar el pasaje en el vuelo charter...

- ¡Pero si aquí está Maira, Padre, que es quien se encarga de todo! Se la presento ahorita, venga conmigo.

Voy con ella y conozco a la que es mano derecha de Frank González, Director del Centro de Prensa Internacional, otra mujer exponente del “genio” propio de su condición femenina: amable, paciente, receptiva, discreta, de buen humor, eficaz...con tres mil periodistas alrededor.

Una última cosa me pide María Luisa:

- Padre, rece por favor por un sobrino mío; hoy hace dos meses que lo secuestraron en México y no sabemos qué le puede pasar. Hoy día no hago nada más (¡?) que pensar en él, créame.

Devueltas las cámaras y los demás instrumentos a la una del mediodía, nos hicieron pasar a la sala de recepción del aeropuerto, para esperar hasta las tres y media, hora en que podríamos ocupar las dos tribunas de prensa instaladas en la pista.

El aire acondicionado del local fue un alivio importante, así como el puesto casero donde vendían sandwiches de jamón y queso y bebidas frescas. Sentados en el suelo y sobre la cinta transportadora de valijas, la mayoría de los informadores conversaban de cualquier cosa, menos de lo que era el motivo que nos reunía a todos: una vía de escape a la tensión. Algunos como Gabriel, fotógrafo de El Observador, tomaron posesión de cuatro baldosas estratégicamente situadas delante de la puerta de salida a la pista: en la carrera hacia la tribuna había que llegar primero.

Un cameraman de la RAI destacaba, cómo no, por su elegancia y educación: alto, con un perfil a lo Gassmann, se paseaba por el local con aire de César Augusto.

-*Ah, Padre, lei è uruguaiano*!, me saludó al leer mi identificación. *Molto piacere!*

Hace seis meses, dijo, había estado en nuestro país y le había encantado. Y, por supuesto, *come non ricordare nell´Uruguay quelle figure eroiche!... Quelli erano bravi , eh*? Se refería a Ghiggia, a Abbadie, a Schiaffino...

Y hablamos de Argentina, que había recorrido de Norte a Sur acompañando *a quel grande direttore che fu Roberto Rossellini...* En un

momento se dirigió a su ayudante:

- ¡Mario!, *prendi la camera, prego!*

Se acerca Mario -pantalón gris oscuro, pullover fino de lana, gris claro, a medio arremangar; dos pulseras en su muñeca derecha, un pañuelito rojo con lunares blancos en el cuello- y le alcanza el aparato.

"Gassmann" toma la cámara y la ajusta sobre su hombro derecho.

- *Grazie, Padre, vado a fare qualche riprese di tutta questa...* Voy a hacer unas tomas de toda esta... y su mano izquierda hace un gesto, al mismo tiempo indefinido y evidente en el aire. (Estos tanos, pienso, son artistas desde que nacen).

A las dos y media de la tarde nos invitaron a pasar nuestras cámaras y nuestras personas por rayos "X" y por el detector de metales. (Cinco veces debió atravesarlo un periodista norteamericano, hasta que decidió sostener su pantalón con una mano mientras con la otra se sacaba el cinturón, lo pasaba por fuera del detector -era la hebilla la que hacía cantar a la máquina- y salió finalmente por el otro lado, entre aplausos...).

Entonces sí se desató (¿o se contuvo?) la tensión: todos junto a la puerta de salida, sin apretujar demasiado al principio y con entusiasmo protestón después, al ver que por otra puerta ya salían e iban corriendo por la pista los que iban a ocupar otra de las tribunas. Y fue entonces, en esas precisas circunstancias, cuando Amparo decidió consultarle al sacerdote un problema que le preocupaba.

Amparo venía enviada por una cadena de radio y TV de Valencia, en España. Estudió periodismo en esta ciudad y en Bilbao, y había asistido a algunos cursos de perfeccionamiento en mi Universidad de Navarra. Estuvimos conversando en el jardín del aeropuerto y, una vez en la sala, la puse al corriente de Corda, quien, naturalmente, tuvo que contestar a todas las preguntas que le hizo Amparo, grabador en ristre.

Otro rasgo del "genio femenino" salió a relucir en ella: para una mujer, las personas son siempre más importantes que los acontecimientos (y el acontecimiento era, ¡nada menos!, que la llegada del Papa...). Esta característica femenina se expresa de infinitas maneras, también en el hecho

de que una mujer puede hacer las preguntas más insospechadas en la circunstancia aparentemente, sólo aparentemente, menos apropiada. (Subrayo el sólo, porque lo importante es, insisto, que las personas estén antes que los acontecimientos).

En el contexto de ciento cincuenta periodistas armados con teleobjetivos tamaño cañón, trípodes y cámaras de TV, micrófonos y demás enseres, que empujaban mientras un mexicano pedía a gritos ¡por favor, empujen con más cuidaaado!, Amparo fue directamente al tema:

- Yo no sé si la he comprendido bien...

- ¿A quién, de qué se trata?, pregunté mientras trataba de que mi bolso no saliera despedido junto con mi hombro izquierdo.

- Es la empleada de la casa donde estoy estos días. Es una chica muy buena, majísima me ha parecido, pero resulta que la pobre se casó hace un año y ahora ya ha empezado el trámite de divorcio...

(“¡Por favor, sean solidarios!”, animaba un funcionario de seguridad. ¡Eso es -se oyó al mexicano- solidarios y sin empujaaar!...).

- ...y a ella ahora le gusta otro chico y quiere casarse, pero yo no sé si...

- Pero ¿adónde quieres llegar?, pude preguntarle con cierto alivio, viendo que la puerta de salida se abría hacia afuera: menos mal, pensé, porque si no esto va a ser un caos...

- Digo, continuó Amparo, que yo le pregunté a esta chica si se había casado por la Iglesia y ella me dijo que no, y entonces yo respiré...

(¡Qué suerte, porque yo estoy a punto de explotar!)

- ...porque entonces sería posible que con este chico se casara por la Iglesia. Pero debería saber primero si está bautizada ¿verdad?

- ¡Sí, claro! Y en todo caso tendrías que hablar más con ella, conversar, salir...

- ¿Salir...adónde?

- ¡A la pista, Amparo!...

Carl Lewis ya no es más el "hijo del viento": quien haya visto la carrera de los periodistas hasta la tribuna podrá atestiguar que cualquiera de ellos lo ha superado en varias décimas.

## FIDEL RECIBE AL PAPA



Los teleobjetivos seguían cada paso de Juan Pablo II. Apoyado en el pasamanos derecho, bajaba con cuidado la escalera del Jumbo. Fidel Castro lo saludó con afecto. Enseguida, dos niñas y dos niños, vestidos de blanco, le presentaron una bandeja con tierra de distintos lugares de la isla, para que el Papa pudiera cumplir, sin agacharse hasta el suelo, con su costumbre de besarla cuando llega por primera vez a un país.

El Romano Pontífice se entretuvo con los niños, los acarició, les hizo una broma, dio las gracias, los bendijo: lo de siempre, y a lo que nunca me acostumbro: su entrega total a cada persona y en cada gesto.

Sigue caminando, ahora con la ayuda del bastón que le entrega su secretario. Fidel va a su izquierda, adaptando su paso al ritmo del Papa.

Presentación de armas, parada militar, himno cubano y pontificio: es la octogésima primera vez que Juan Pablo II es protagonista de esta ceremonia

de bienvenida a una nación. Después tendrá que saludar, saludar y saludar a ministros, embajadores, obispos... y cada saludo será original, no repetido.



Ahora se sienta porque el Dr. Fidel Castro Ruz, Presidente de la República de Cuba, le dará la bienvenida oficial. El techo del estrado es puramente simbólico para proteger a Juan Pablo II: el sol de La Habana lo baña en calor.

Después de tanto viajar por este mundo de Dios, no creo que algo pueda sorprenderlo. Ha oído y visto absolutamente todo. Sin embargo, creo que difícilmente recordará un discurso como el de Fidel: insólito e inaudito, en el sentido más propio. Una sarta de reproches dirigidos a la Iglesia, como un adolescente resentido, en la persona del Papa.

Cuando terminó de hablar y Juan Pablo II tomó la palabra, tuve una negativa impresión: su voz era la de un hombre cansado, con pocas fuerzas, que tiene 78 años y que ha sufrido, como nadie, las más duras pruebas de resistencia moral y física. Recé intensamente por él mientras lo escuchaba.

No obstante su fatiga, Juan Pablo II fue muy claro desde el primer momento: vengo a Cuba, dijo, *“con el deseo de dar un nuevo impulso a la labor evangelizadora”*. Para llevarla a cabo, la Iglesia *“desea poder disponer del espacio necesario”*. El Santo Padre agradeció especialmente a los creyentes cubanos *“su fe, a Cristo, a la Iglesia y al Papa”,* así como *“el valor y ferviente espíritu de entrega que han testimoniado en medio de los sufrimientos y anhelos”.*

Después de los discursos y saludos previstos por el protocolo, Juan Pablo II subió al papamóvil. Fidel, pendiente de sus palabras y gestos, lo despidió también con afecto.

Como en todos los sitios, el recorrido del Papa desde el aeropuerto fue un volcarse de la gente a la calle para verlo pasar y aplaudirlo y vivarlo. Los informadores que habíamos estado "in situ" en el histórico momento de la llegada a La Habana, lo seguíamos por la televisión.

¡Juan Pablo II está en Cuba! Cuando al final del día volví a la parroquia, el entusiasmo se hacía ritmos, gritos y abrazos.

Me uní al festejo, lógicamente, aunque por dentro no pude celebrarlo tanto como hubiera querido. Y es que, tres cuadras antes de llegar a la parroquia, un hombre -entre 35 y 40 años, delgado, correcto, de cierta cultura- empezó a desahogarse. Casi no pude decirle nada; lo que quería era hablar, y habló hasta que entré en la iglesia.

- Padre, ¡qué alegría que vino el Papa, cómo no voy a estar contento si soy católico! Pero usted rece por nosotros, Padre, rece por nosotros. ¡Es que ya no aguantamos más, Padre!, ¿me entiende? Usted está aquí unos días y se va, pero nosotros nos quedamos, Padre. ¡Y no tenemos qué comer, Padre! ¿Usted sabe lo que es esto? No, no sabe. ¿Verdad que va a rezar? Créame, Padre, que más de una vez me entran ganas de suicidarme. Ya sé que es un pecado, pero yo digo: ¿y cómo vamos a seguir así, si no hay nada, si no tenemos nada, si esto no es vida, si ya no sé cómo puedo llevar algo a mi casa? ¡Padre, rece, por favor; se lo pido así, ¡por favor!, rece: para que este hombre se vaya, ¡para que tengamos qué comer, Padre!

En el convento, a la hora de cenar, hubo festejo porque el Papa estaba en Cuba: unas latas de Fanta y unos cachitos de turrón: un lujo.

## Jueves 22

## SANTA CLARA Y UNA CAMISA NEGRA

Desentonaba, a todas luces, por su elegancia. Llevaba pantalón azul y saco blanco, mocasines marrones y calcetines bordeaux. Y lucía con su camisa blanca una corbata de seda que, en el contexto de los periodistas en acto de servicio, resultaba exótica.

Así se presentó en el Salón de Embajadores -el título le cuadraba con exactitud- el Doctor Guillermo de'Giovanni Centelles, para ver por televisión la Misa que el Papa iba a celebrar en Santa Clara, a 250 km. de La Habana.

El Dr. de'Giovanni Centelles se sentó en una de las butacas de la fila delantera a la mía, abrió una carpeta con hojas cuadriculadas y, apoyando sus pies en el travesaño debajo de su asiento, para que las piernas le sirvieran de apoyo, comenzó a escribir.

El periodista italiano es, según dice en su tarjeta, *Vaticanista* del diario *Il Tempo*, de Roma, y en su documentación de trabajo se encontraba el vademecum que la Oficina de Prensa de la Santa Sede prepara para los periodistas que viajan en el avión del Santo Padre. El vaticanista romano resultó ser una persona tan amable como elegante, que puso a mi disposición todo su material.

Por los horarios en que debía comunicarme con Montevideo para las transmisiones (de mañana, para la radio; a las 4 de la tarde para Subrayado), no podía viajar a Santa Clara y Camagüey; en cambio, sí tenía la intención de ir el sábado a Santiago de Cuba, segunda ciudad del país, donde Juan Pablo II coronaría a la Virgen de la Caridad del Cobre, Patrona de la isla.

### *"¡CUBA, CUIDA A TUS FAMILIAS!"*

Mientras esperaba el comienzo de la Misa (las imágenes de televisión mostraban el estadio "Manuel Fajardo", de Santa Clara, repleto; hombres y mujeres bajo un sol radiante, muy contentos, cantando y vivando al Papa) leí algunos datos del folleto preparado por la Sala Stampa vaticana: *"Santa Clara es una ciudad alegre, de 200.000 habitantes, fundada en 1869. Fue la primera ciudad ocupada por los guerrilleros del Ché Guevara en 1958. La*

*Universidad Central de las Villas es una de las más grandes de Cuba. En el Teatro La Caridad cantó Caruso en 1920".*

Me llamó la atención el pudor informativo de la publicación. Ni una palabra sobre otros acontecimientos que han afectado, y en qué medida, a la Iglesia. Por ejemplo: que la diócesis de Santa Clara, para atender a 1.200.000 habitantes dispone de 18 sacerdotes, diáconos y religiosos; que en el proceso revolucionario la Iglesia perdió 17 templos y hasta hoy no ha recuperado ninguno; que, a falta de iglesias -en toda Cuba no se ha construido ni una sola desde 1959- el culto y la catequesis se celebra en 68 hogares que se llaman "Casas de Misión".

La Misa, cuidado hasta el mínimo detalle litúrgico, se desarrollaba con el orden y la solemnidad que le imprime la piedad auténtica del Papa. Después de las lecturas, la homilía del Santo Padre, que iba a tratar sobre *Los valores cristianos de la familia en la sociedad cubana*.



Apenas comenzó el Papa a hablar y ya me pareció otro, distinto del que había escuchado ayer, cuando llegó a La Habana. Su voz era fuerte y persuasiva a la vez, al referirse a la familia como *célula fundamental de la sociedad y garantía de su estabilidad* y aumentó su volumen al condenar *el aborto que es siempre, además de un crimen abominable, un absurdo empobrecimiento de las personas y de la misma sociedad*.

Al escuchar al Papa recordé las declaraciones que, en 1996, hizo a la revista española "Palabra" Mons. Eduardo Boza, que fue expulsado de Cuba en 1961, cuando era Obispo Auxiliar de La Habana, junto con 131 sacerdotes.

Dijo entonces Mons. Boza que el aborto, legalizado en Cuba en 1965, ha hecho estragos en la sociedad: una de cada tres muchachas entre 15 y 19 años lo han practicado; de cada 10 bebés, 6 son abortados: "es la mayor proporción de abortos del hemisferio y quizás del mundo", afirmó.

El Papa continuaba hablando, desde Santa Clara, a toda la isla. Con tono de dolor se refirió también a *un problema que se arrastra en Cuba desde hace años: la separación forzosa de las familias dentro del país y la emigración que ha desgarrado a familias enteras y ha sembrado dolor en una parte considerable de la población*. Y concretó más, hablando de una experiencia que el día anterior, en la parroquia, con mucha franqueza, un padre de familia cubano describía en estos términos:

- Quizá usted no sepa que aquí, por ley, todos los chicos y chicas, adolescentes, deben pasar un año en el campo, como parte de su formación. Y en la educación que reciben, les dicen que el sexo es una función más, que da placer, que lo natural es tener relaciones cuando se quiere…Les enseñan también a usar los preservativos y las pastillas, porque es lo natural, dicen. ¿Usted se da cuenta en qué terminan los chicos y chicas? ¿Y usted cree que hay derecho -y el buen hombre, desahogándose, elevaba su voz- que haya directores y profesores que hacen pasar por su cuarto a las alumnas? ¡ Me c… en la mar, que no hay derecho, perdone Padre!

Juan Pablo II dice en Santa Clara, delicada y clarísimamente: *Experiencias no siempre aceptadas y a veces traumáticas son la separación de los hijos y la sustitución del papel de los padres a causa de los estudios que se realizan lejos del hogar en la edad de la adolescencia, en situaciones que dan por triste resultado la proliferación de la promiscuidad, el empobrecimiento ético, la vulgaridad, las relaciones prematrimoniales a*

*temprana edad y el recurso fácil al aborto. Todo esto deja huellas profundas y negativas en la juventud, que está llamada a encarnar los valores morales auténticos para la consolidación de una sociedad mejor*.

El Papa continuó exponiendo los principios esenciales de la doctrina de la Iglesia sobre el matrimonio, la familia y la educación de los hijos, subrayando que, si bien el estado tiene derechos y deberes en este ámbito, puesto que debe servir al bien común, *esto no le da derecho de sustituir a los padres*. En consecuencia, dijo en medio de fuertes aplausos, *los padres…. deben poder escoger para sus hijos el estilo pedagógico, los contenidos éticos y cívicos y la inspiración religiosa en los que desean formarlos integralmente*. Y despertó aplausos aún más fuertes  cuando, dirigiéndose a los padres, los exhortó: *No esperen que todo les venga dado. Asuman su misión educativa, buscando y creando los espacios y medios adecuados en la sociedad civil". "¡Cuba!*, pidió Juan Pablo II, *¡cuida a tus familias para que conserven sano tu corazón!*.

En el Salón de Embajadores de la sala de prensa seguíamos la Misa en un televisor grande, con periodistas de distintos países entre los que había algunos cubanos. Al  continuar la celebración, una vez terminada la homilía, uno de ellos, tímidamente, me preguntó:

-¿Y ahora qué pasa, cómo sigue la Misa?

Pude explicarle que los regalos que hacían al Papa en ese momento eran un modo simbólico de presentar a Dios, por su intermedio, lo mejor que tenían.

-Claro, claro, ¡si es para Dios!, comentó para sí.

Al terminar la Misa el vaticanista tuvo la amabilidad de invitarme a cenar esa noche y combinamos encontrarnos en el hotel a las 8 de la noche.

Era ya la hora de almorzar y opté por acercarme a un bar,  cercano al hotel, que me había recomendado el Padre José Luis:

- Se come barato y bastante bien, fue su juicio.

Tenía razón, salvo el detalle de que, además de barato y bastante bien, en el barcito me sirvieron bastante poco, lo cual, no obstante, tuvo la ventaja

de darme algo de tiempo para ir hasta la rambla, El Malecón: era imperdonable que después de cuatro días en La Habana, aún no la conociera.

## CONVERSACIÓN EN EL MALECÓN



Bajé por la 23 y alcancé a ver el mar, nada más: aún sin cruzar la calle, ya tenía al lado a alguien que me saludaba.

- ¿Cómo está Padre, cómo le va?

Era un muchacho, de 25 años aproximadamente.

- Vino por el Papa ¿verdad? ¿Y de dónde es usted, Padre?

(Se terminó el paseo; ¿qué querrá éste?)

- Padre, yo trabajo por aquí y tengo mucho dinero...

Me sorprendió su voluntaria declaración de la renta y, todavía más, cuando abrió el bolsito-canguro que llevaba en la cintura para enseñarme un montón grande de billetes cubanos.

- Me gustaría conversar con usted, Padre...

Mientras caminábamos por El Malecón empezó a relatar sus proyectos de mejorar de posición, de ganar dinero de verdad, decía. También salió en su historia un amigo uruguayo al que quería mucho porque hace años lo había

animado a estudiar en Montevideo...

En un momento de la conversación, mi acompañante se adelanta unos pasos y, después de algunos minutos, vuelve a ponerse a mi altura.

- Es que esos dos que pasaron son de la Seguridad, explica. Si hablo con usted, después me van a preguntar qué le dije, qué quería saber...¡Estoy harto, Padre, harto y no me puedo ir!

Lo escuché, mientras pensaba si sólo quería hablar o pretendía algo más. Finalmente lo supe:

- Padre, hágame un favor muy especial. Aquí se están poniendo de moda las camisas negras, y yo quiero tener una, pero no puedo comprarla porque no tengo dólares. Padre, usted tiene una camisa negra: ¡démela, por favor!

-¿Co... cómo?...

- ¡Sí, Padre, su camisa, démela, por favor!

- ¿Pero no ves que yo la uso porque soy sacerdote?

- ¡Es una camisa negra, Padre, y yo quiero tener una!

El diálogo, casi surrealista, terminó cuando pudo más o menos comprender que sólo yo, sacerdote, podía usar esta camisa.

Me pidió que le diera la bendición y se alejó, con su intacta cantidad de dinero inútil, la cabeza debajo de los hombros, sin camisa y sin esperanza.

Volví a subir por la calle 23, desanimado, rezando por él y también por dos muchachas del Malecón que al verme hicieron que no me veían, y por otra que estaba conversando con un auto que pasaba...

Aún tenía pendiente mi viaje, el sábado, a Santiago de Cuba. Yamilé, encargada en el Centro de Prensa Internacional de los vuelos charter, me había localizado para darme la buena noticia de que tenía reservado un pasaje para mí.

Mientras esperaba a que me atendiera, reconocí una voz mexicana: era el periodista que el día anterior, con buen humor, pedía en el aeropuerto “solidaridad sin empujar...”. Se encontraba ahí con otro compatriota, esperando también por una gestión. Su charla hizo que por un rato olvidara la conversación de la rambla.

-Padrecito, ¡qué alegría verlo! Pues fíjese que mi compañero me dijo, nada más verlo a usted que entraba aquí: -Oye, ¿por qué no te confiesas? Y ahorita yo le estaba diciendo a él: ¿pero de qué me voy a confesar yo? ¡Si yo soy un hombre bueeeno, bueeeno!... Tal vez, en todo caso, lo que tenga es un poco de soberbia, ¿no cree, Padrecito? Pero no vaya a pensar que mucha... Sólo la necesaria para que a uno no lo atropeeellen, no se lo lleven por delaaante en la vida...

Lástima que casi al mismo tiempo nos atendieron a ellos y a mí y, al terminar el asunto de mi viaje, los dos se habían marchado: me hubiera gustado ayudarlo a hacer mejor su examen de conciencia...

Yamilé me dio la información que necesitaba:

- Tiene que estar el sábado, a las 2 y media de la madrugada, en el Centro de Prensa, para tomar el ómnibus al aeropuerto. A las 4 y media sale el vuelo, que llega a Santiago a las 6 y 50. Después de la Misa del Papa, a las 14 y 30 los recogeremos en el Hotel Santiago y a las 16 y 10 saldrá el avión de regreso. Estaremos de vuelta en La Habana a las 18 y 30.

El plan no era atractivo, sin duda, pero valía la pena. El sábado estaba libre de trasmisiones: ¿qué mejor que ir a Santiago de Cuba para informar después de lo visto en directo y rezar ante la Patrona de Cuba? No lo pensé más y comprometí el pasaje.

## EL ENCUENTRO MÁS ESPERADO

En la visita del Papa a Cuba, el encuentro que tendría con Fidel a las 6 de la tarde era el “plato fuerte” que, como ya se sabía, nadie iba a disfrutar: sería un encuentro absolutamente privado. En todo caso, verlo por televisión en compañía de otros periodistas sería interesante.

Antes de ir al Habana Libre pasé por la parroquia. Al cruzar el claustro del convento, donde hervía el ambiente de preparación para la Misa del Papa,

un hombre me saluda con los cariños habituales. (¡Ay, Señor!, ¿qué me irá a pedir?). Me deja perplejo su petición:

- Padre, ¿tiene... un bolígrafo?

- Hermano, te daría ¡diez! si los tuviera, pero tengo ¡uno!, sólo uno y lo necesito para trabajar.

- Está bien, Padre, no importa, no se preocupe.

No me dejó preocupado, sino deshecho.



*Jóvenes de la parroquia del Carmen*

Del encuentro del Santo Padre y Fidel, no se supo nada. La televisión lo transmitió en directo y se pudo ver al líder cubano acompañando con afecto a Juan Pablo II y sonriendo, nervioso, al posar para los fotógrafos.

Durante los 45 minutos que duró la entrevista, la televisión cubana pasó las imágenes de la visita de Fidel a Roma en noviembre de 1996, cuando fue recibido en el Vaticano por el Papa. En el transcurso de una cena, Fidel relataba la impresión que le había hecho Juan Pablo II :

- Pude observar un rostro bondadoso y noble. Muy respetuoso, amable, sosegado, que conversaba bien, con brevedad. Y fue tan amable que me dejó conversar a mí casi todo el tiempo...

Ahora, al terminar el encuentro en La Habana, un periodista de no recuerdo qué medio, tentó el espíritu opinante de todo informador:

- ¿Sobre qué temas cree que pueden haber conversado el Papa y Fidel?, me preguntó. Y respondí más o menos esto:

- En más de una ocasión, Juan Pablo II ha dicho que la Iglesia tiene la decidida voluntad, dentro de su propia misión religiosa y moral, de colaborar con las autoridades cubanas. Para esto solicita tres cosas: el necesario marco de libertad para cumplir su misión evangelizadora; que ésta no se reduzca a la "vida privada" y que al católico cubano, que es ciudadano e hijo de Dios, no se le impida participar en el desarrollo del país, ni quedar al margen del proyecto social. Ahora bien, si de hecho el Papa y Fidel hablaron de estos temas, ¿quién puede saberlo?

Con el Doctor de'Giovanni Centelles habíamos quedado en encontrarnos a las 8, en el Salón de Embajadores, para ir a cenar. Casi al mismo tiempo, en la escalera que lleva al hall de entrada del hotel, le presenté a José Luis, el sacerdote uruguayo.

Fuimos los tres en un taxi al restaurant El Aljibe, en Miramar. Nuestro amigo dijo que se lo habían recomendado como uno de los mejores de La Habana .

En efecto, era muy bueno, tanto por el lugar (mitad bajo techo, mitad al aire libre, decorado con gusto) como por el servicio y la variedad de platos y bebidas que ofrecían. En ese ambiente, fue penoso encontrar, en el acceso y salida de los autos, a otra mujer, pobre mujer, esperando, como en el Malecón, como en la calle 23...

Cenamos bien y conversamos de todo, aunque dándome cuenta de que el cansancio de las jornadas me hacía estar demasiado pendiente del reloj, calculando las horas de sueño.

Poco después de las once estaba de vuelta en la parroquia. Al despedirnos, José Luis me recordó:

- ¡Mañana, no te olvides del agua bendita!

## Viernes 23

## UNA MISA BIEN VALE "TURQUINO"

Cuando José Luis y yo terminamos la concelebración de la Misa en "Turquino", algunos periodistas y, sobre todo, empleados del hotel, se acercaron para darnos las gracias.

- ¿Sabe, Padre, dijo, además, un funcionario del gobierno cubano, que me parece que voy a empezar a ir todos los domingos a Misa?

Si siempre es gratificante un reconocimiento, ese propósito de participar de la Misa como Dios lo espera y la Iglesia lo pide, cada domingo, nos produjo, al Padre José Luis y a mí, especial alegría: era el fruto directo de una celebración que tres días antes nadie habría imaginado.

"Turquino" es el cerro más alto de la Sierra Maestra. En el piso 25 del Habana Libre, "Turquino" es una famosa sala de fiestas de La Habana. Uno de los directores del hotel, acompañando a José Luis días atrás para que conociera sus instalaciones, al llegar al local comentó en broma:

- Aquí tenemos nuestra "capilla"...

Por la boca muere el pez, y si el pescador es rápido, como José Luis, muere enseguida.

- ¡Qué buena idea!, respondió al admirar el lugar. (Es un sitio magnífico, con paredes acristaladas y suelo de mármol negro. Desde aquí, La Habana es una esmeralda sobre un terciopelo azul). ¿No le parece que sería un buen servicio celebrar Misa en este lugar? Van a a ser tantos los periodistas, que con toda seguridad lo agradecerán.

- Si usted quiere, no hay ningún inconveniente.

No sólo no hubo ningún inconveniente, sino que el hotel puso todo de su parte para que "Turquino", durante dos días, fuera de verdad una capilla.

Una vez apartadas las mesitas que ocupaban parte de la pista de baile, las sillas se dispusieron mirando hacia el escenario, donde habitualmente toca

la orquesta. Una mesa digna, cubierta con un mantel blanco, de calidad, y en su frontal un poster del Papa, hizo de altar. En sus extremos, sobre el piso, dos candelabros altos de hierro forjado, con cinco velas rojas cada uno. Detrás, teniendo por fondo el cortinado azul del telón, destacaba un crucifijo grande que trajimos de la parroquia.



El disc-jockey de “Turquino” estaba contento porque iba a estrenar un CD de música religiosa que tenía en su repertorio y que nunca había difundido; el chofer del hotel, que nos ayudó a trasladar lo necesario desde la iglesia, también lo estaba, porque era la primera vez que iba a asistir a una Misa; y, aparte de los periodistas, la veintena de empleados y empleadas que asistieron, en su mayoría no católicos, sentían una alegría particular porque entendían que el suyo sería un raro privilegio. Una de ellas exclamó:

- ¡También nosotros tendremos una Misa!...

Más aún hizo el hotel: compusieron en la computadora unos elegantes avisos individuales, para dejarlos en distintos puntos de circulación de la gente, y uno grande que se colocó en el hall de entrada.

A las nueve menos cuarto de la mañana, teniendo en cuenta que nada es más eficaz que la invitación personal, me acerqué hasta las instalaciones de la CBS, en la misma planta que nuestra “capilla”, y hablé con una periodista mexicana:

- Dentro de media hora tendremos Misa...

- ¿Aquí, en el hotel?

- Sí, en “Turquino”...

Me pareció que era necesario explicarle algo más, pero me equivoqué.

- ¡Qué bueno, Padre! Ahorita tengo que salir a la calle, pero yo me encargo de comunicarlo a más gente. ¡Gracias!

En los estudios de la cadena ABC, norteamericana, vi desde el principio que sobraban las explicaciones: los americanos, y más los periodistas, son lo práctico en persona y nada les llama la atención.

- *At a quarter past nine, at “Turquino”, on the 25th floor, we are going to celebrate the Holy Mass.*

- *Ah, O.K., Father; thank you very much!*

Empezó la Misa con una breve introducción de José Luis. Explicó que, antes de celebrar los sagrados misterios, haría una aspersión del local con agua bendita, que es un canal de la bendición de Dios muy conveniente en todas partes y, especialmente, en ese lugar. Así lo dijo, aspergiendo a personas y objetos con generosidad.

La mayoría del personal del hotel permaneció de pie, en el fondo. Algunos, no obstante, al llegar el momento de la consagración, se arrodillaron espontáneamente.

Antes de repartir la Comunión a los fieles, José Luis volvió a hablar:

- En este local, dijo, la gente viene a divertirse y tienen la posibilidad de contemplar la noche estrellada de La Habana. Ahora, como un signo de la gracia que Dios nos da en la Eucaristía y que también nos llega abundantemente durante estos días que el Papa está en Cuba, abrámonos nosotros al cielo, al amor que Dios nos da.

Entonces, el techo de “Turquino” comenzó a correrse y un radiante sol se rompió en pedazos contra el suelo negro. El Avemaría de Schubert, en la voz de Pavarotti, nos invitó a volar muy alto, por el cielo abierto de La Habana, casi hasta alcanzar a Dios.

**LOS JOVENES CUBANOS APLAUDEN AL PAPA**



Mientras escribo tengo delante dos textos de Juan Pablo II: uno es la homilía que pronunció en Camagüey; el otro lleva por título *Mensaje a los jóvenes Cubanos*. Estos dos escritos, a mi juicio, deberían ser leídos, estudiados y conversados, no sólo entre los jóvenes de Cuba -el Papa dijo que dejaba el Mensaje *con la esperanza de que llegue a todos ellos, que son el futuro de la Iglesia y de la Patria*- sino también por los de Uruguay y del mundo entero.

Chesterton escribió alguna vez, con su habitual ironía, que la gente habla de la futura generación como "la esperanza del mañana ", pero, cuando llega, esa generación se parece sospechosamente a la anterior... Juan Pablo II piensa de un modo muy distinto: cree de verdad que los jóvenes de hoy serán capaces de construir en el siglo XXI un mundo mejor. Por esto, en todos sus viajes ha tratado siempre de tener un encuentro exclusivo con ellos; porque cree en los jóvenes ha organizado las Jornadas Mundiales de la Juventud, cada una de las cuales, para los agoreros que no entienden a los jóvenes ni al Papa y se quedan boquiabiertos por la respuesta que obtiene cuando las convoca, es siempre un motivo de asombro mayor que la anterior, Porque Juan Pablo II cree que la Verdad se abre camino por sí sola, y con más facilidad en la inteligencia y en el corazón de la gente joven, a los jóvenes cubanos reunidos en Camagüey, que han sido obligatoriamente educados en la ideología marxista, les habló con la misma energía y claridad con que lo ha hecho en España, en Filipinas, en Australia...

En la sala de prensa, la televisión traía las imágenes del altar instalado

en la plaza “Ignacio Agramonte”, de la que es la tercera ciudad de Cuba, después de La Habana y Santiago. Color, mucho color y alegría. Una cruz blanca con rayos se recorta sobre el fondo color rosa; alfombras rojas y flores de tonos vivos; el Papa, sentado en un sillón de mimbre también blanco.

A medida que lee su homilía, voy subrayando los aplausos de las 150.000 personas, jóvenes en su mayoría, que lo escuchan. El primero es cuando afirma que *la Iglesia tiene el deber de dar una formación moral, cívica y religiosa, que ayude a los jóvenes cubanos a crecer en los valores humanos y cristianos, sin miedo y con la perseverancia de una obra educativa que necesita el tiempo, los medios y las instituciones que son propias de esa siembra de virtud y espiritualidad, para bien de la Iglesia y de la Nación*. Es todo un programa de auténtico ejercicio de la libertad de enseñanza.

El segundo, más fuerte, se lo lleva al alentar a los jóvenes a que *no esperen de los otros lo que ustedes son capaces y están llamados a ser y hacer. No dejen para mañana el construir una sociedad nueva, donde los sueños más nobles no se frustren y donde ustedes puedan ser los protagonistas de su historia*.

Casi al terminar la homilía, Juan Pablo II recordó que *la persona humana y el respeto por la misma son el camino de un mundo nuevo*, y animó enseguida a los jóvenes a conocer y a amar a Jesucristo, Modelo y Camino. *Ábranle el corazón y emprendan así una vida nueva, que sea conforme a Dios y responda a las legítimas aspiraciones que ustedes tienen de verdad, de bondad y de belleza*. *¡Que Cuba eduque a sus jóvenes en la virtud y la libertad!...* Aquí, el más fuerte aplauso no le dejó terminar su frase. Mientras se oían gritos de *¡Viva el Papa!*, volvió a repetir lo dicho y pudo acabarla: *...para que pueda tener un futuro de auténtico desarrollo humano integral en su ambiente de paz duradera*.

El Papa terminó su homilía, divertido con los gritos que llegaban de una y otra parte de la plaza. Al oír el tradicional estribillo, “Juan Pablo II, te quiere todo el mundo”, que se inauguró en México durante su primer viaje, en 1979, exclamó: *¡Son cubanos, pero parecen mexicanos!*. Más gritos de entusiasmo, que venían de los jóvenes mexicanos que habían venido a acompañarlo a la isla.

Después de esta necesaria expansión, se escuchó fuerte la voz del Papa, llamando la atención de todos hacia lo realmente importante: “*Ahora se*

*inaugura el sacrificio de Cristo, dijo. Cristo se hará presente en el altar, el mismo Cristo que una vez miró a un joven y lo amó; el mismo Cristo, ahora, los mira y los ama. Cristo sabe qué hay ahora en cada uno de nosotros*. Y, con más energía, afirmó: *¡Lo sabe y nos ama!*



*Ensayo del coro en el Teatro Nacional.*

En el mensaje que escribió para los jóvenes cubanos, Juan Pablo II se refiere a *un asunto vital para el futuro*: la necesidad urgente de sacerdotes y mujeres que dejándolo todo por Cristo, hagan de sus vidas un apostolado permanente. (En la diócesis de Camagüey, por ejemplo, para atender a una población de 770.000 almas hay 25 sacerdotes con una edad media de 53 años). Si el trabajo de anunciar a Jesucristo y enseñar la doctrina de la Iglesia siempre requiere más brazos, la demanda ha crecido de tal manera en Cuba en los últimos años, a pesar del ateísmo oficial de décadas, que todo esfuerzo es poco. Las cifras hablan solas: en La Habana, en 1977, hubo 7.428 bautismos; en 1989, 27.609; en 1995, 33.554. En 1989 hubo 138 matrimonios religiosos; en 1995, 507. En los mismos años, las Confirmaciones crecieron de 259 a 2.485

## LA TENTACIÓN DE UNA FOTO

"Soliloquio prandial". Si no fuera periodista, podría dar rienda suelta a cierta veta de cursilería, que a veces quiere dominarme, y titular así los pensamientos que iban y venían mientras almorzaba solo -"¡que nadie me pida entrevistas!", rogué y fui escuchado- en el bar del Habana Libre, al terminar de ver la Misa del Papa en Camagüey.

- ¿Cómo hará Juan Pablo II para vivir a este ritmo? Con 25 años menos, y haciendo ¡nada!, en comparación con él, la verdad es que estoy liquidado, hecho polvo, derrumbado, no puedo más... Bueno, tampoco exageremos... Esto no es más que un problema de sueño: si consigo dormir ocho horitas seguidas se acaban mis males... (Sí, tráigame la napolitana de siempre y una cerveza). Con una cerveza voy a dormir mejor, aunque la cerveza ésta no duerme ni a un niño. ¿Dónde estará almorzando ahora el Papa? ¿En Camagüey o en el avión? El horario decía que sale de allá a las 13.40 y que dentro de una hora está aquí. ¿Comerá el Papa? Come, lo sabe cualquiera; y come bien y está fuerte. Pero yo tengo la cabeza hecha un bombo; en cuanto llegue a la parroquia me tomo una Novemina y me acuesto un rato. Tengo que transmitir a las cuatro y recién es la una; dos horitas de sueño me van a venir ¡bárbaro! A las seis y media es el acto de la Universidad, que terminará a las ocho. Después ceno algo y me voy a dormir hasta la una y media; a las dos y media estoy en el Centro de Prensa...(Ah, sí, la pizza es para mí, gracias. Qué buen tipo es este mozo, siempre de buen humor; a ver si consigo hablar con él). ¿Dónde estaba? Voy a dormir hasta la una y media de la mañana, esto es fundamental; si no, el viaje a Santiago de Cuba va a ser como cruzar la estepa rusa en burro, aunque no tengo ni idea de cómo será la estepa ni si habrá burros allá... ¡Dios mío, qué pavadas estoy diciendo! Debe ser por la falta de sueño. La verdad es que al terminar de ver la Misa del Papa me levanté y me pareció que las piernas no me respondían... ¡Exagerado, mirá si no te van a responder!... Me voy ya mismo y dejo media pizza, no tengo ganas ni de comer; con dos horitas de sueño soy otro. Señor: te ofrezco esta nada que soy ahora mismo, por el Papa, que no sé cómo hace para mantener el ritmo con un cuarto de siglo más que yo...

Cuando casi llegaba a la parroquia, caí en la tentación. Detrás del vidrio de una puerta estaba pegado un poster del Papa con Fidel, que me pareció interesante fotografiar: nunca, que yo sepa, en un anuncio de la visita de Juan Pablo II a un país, había aparecido el Santo Padre con el jefe de gobierno. Aquello era pura propaganda.

Delante del vidrio, un hombre de edad mediana, camisa amarilla, pantalón marrón, descansaba sentado en el travesaño de su bicicleta. El encuadre quedará mejor así, pensé. Preparé la máquina, enfoqué y disparé.

- Señor, ¿por qué sacó usted esa foto?, preguntó entonces el ciclista.

- Bueno, es un cartel interesante... Fidel, el Papa, un ciudadano

cubano... Es un buen recuerdo de estos días que estamos viviendo.

- Está bien, señor, contestó. Es que yo soy funcionario de Seguridad -siguió explicando mientras sacaba del bolsillo su carnet-, y tengo que controlar...

- O.K., muchas gracias.

La Habana es una ciudad segura, dije el martes. Ahora agrego: segura como una cárcel.

A las dos de la tarde, la escuela pegada a la parroquia -en otro tiempo fue colegio parroquial gratuito- estaba en plena actividad, se imaginan: voces, gritos...

Cerré los ojos una hora y media, me levanté con la ilusión de haber descansado y, después de pasar por la iglesia, volví al hotel.

El P. José Luis se encontraba en plena forma. Había hablado para la CNN, invitado por Jorge Gestoso, y ahora iba a transmitir una crónica para España.

- José Luis, no doy más, le dije, resumiendo mi negro soliloquio del mediodía.

- A vos te hace falta dormir mucho y bien, diagnosticó. Olvidate de ir a Santiago.

- Pierdo el pasaje y encima voy a dormir mal, porque esta noche en la parroquia, con los preparativos, va a ser imposible pegar un ojo.

- De Santiago, olvidate, repitió. Del resto, yo me encargo.

- ¿Qué vas a hacer, dormir por mí?

- ¡Ten confianza!, exclamó sonriente, ¡ten confianza!

Y se fue.

## LECCION MAGISTRAL EN LA UNIVERSIDAD

Vivir para ver, dicen; mejor, vivir para aprender. A las seis y media de la tarde, envuelto en el cariño de varios centenares de estudiantes que gritaban "Juan Pablo, amigo, los jóvenes contigo", el Papa entró en la Universidad de La Habana. Apoyado en el bastón que sostenía su mano derecha, caminaba con dificultad, lentamente; ví el cansancio también en su rostro.

En la puerta de la Universidad lo recibió Fidel Castro. No estaba previsto que participara en el acto, pero igual asistió.

Fidel acompañó al Papa hasta el ingreso al Aula Magna. Aquí, en una urna de mármol, descansan desde 1912 los restos del Padre Félix Varela. Juan Pablo II se detuvo, inclinó su cabeza y, durante dos minutos contados, se recogió en oración. Fidel Castro, unos pasos detrás del Papa, ¿en qué pensaba?



*(Foto Universidad de La Habana en Internet)*

Al entrar en el Aula Magna -sobria y elegante, relucientes sus paredes y las rejas de hierro y bronce, de la balconada que rodea el perímetro del salón- el coro universitario entonó un soberbio "Gloria". Los trescientos profesores, artistas y educadores que asistían al acto, rompieron en aplausos. Juan Pablo II se dirigió al estrado y ocupó el sillón de la presidencia. Los arreglos florales blancos, puestos en el suelo, delante de la tarima, salpicaban de alegría, en proporción exacta, la solemnidad académica. A la derecha del Papa, el Rector de la Universidad, Dr. Juan Vela Valdés y, en el extremo, el Cardenal Jaime Ortega, Arzobispo de La Habana. A la izquierda del Santo Padre, el Cardenal Secretario de Estado, Angelo Sodano, y Monseñor Stella, Nuncio Apostólico. En la primera fila del público, Fidel Castro, junto con otros miembros del

gobierno.

Vivir para ver. Nunca hubiera imaginado ver al Romano Pontífice en la Universidad de La Habana y a Fidel Castro escuchándolo con atención de alumno aplicado: Juan Pablo II ha superado infinitamente las fantasías más locas.

Vivir  para aprender. Cuba, en Uruguay, está asociada a José Martí. En la Universidad de La Habana me enseñaron que para conocer el alma de Cuba, antes hay que acercarse al Padre Félix Varela. De su trascendencia histórica hablan por sí solos dos hechos: ayer, cuando Juan Pablo II hizo la visita de cortesía a Fidel Castro, éste le obsequió un ejemplar de la edición *princeps* de la primera biografía del sacerdote cubano, escrita por José Ignacio Rodríguez, que fue publicada en Nueva York en 1878 y de la que quedan menos de diez ejemplares. Dijo Fidel al Papa que era un presente “muy sencillo” pero de gran significado para los cubanos, por la incidencia que tuvo el Padre Varela en los jóvenes que luchaban por la independencia de la isla.

Además de la biografía -éste es el segundo hecho- Castro entregó al Papa la Orden Félix Varela que es, como le explicó, la más alta condecoración que confiere el estado cubano en la esfera de la cultura.

El sacerdote cubano fue uno de esos hombres grandes, como nuestro Larrañaga, que destacó en el cultivo de las ciencias naturales, en la filosofía, en la docencia, y en la vida pública de Cuba cuando, a principios del siglo XIX, empezaban a soplar los vientos de la independencia.

Varela nació en La Habana en 1788 y fue ordenado sacerdote en 1811. Nombrado diputado, a pesar suyo, en las Cortes españolas, trabajó incansablemente para conseguir la abolición de la esclavitud. Cuando volvió la monarquía absolutista fueron abolidas las Cortes, no la esclavitud, y el Padre Varela, condenado a muerte,  debió exiliarse en Nueva York en 1823.

Aquí fundó “El Habanero”, publicación de carácter científico, literario y político, de gran difusión en Cuba, con la que continuó su labor de forja de la conciencia nacional. Además, fundó y trabajó en no menos de otros diez diarios y revistas.

El Padre Félix Varela era, sobre todo, sacerdote. En una época en la que los católicos norteamericanos estaban en franca minoría, fundó las iglesias de

“El Cristo”, “San Jaime” y “La Transfiguración”, y abrió escuelas parroquiales para niños. Cuentan sus biógrafos que visitaba regularmente a sus parroquianos, inmigrantes irlandeses, que los recibía en su casa, que se preocupaba por todos como un verdadero padre.



*(Foto Universidad de La habana en Internet)*

Su prestigio como sacerdote y su obra pastoral en la naciente Iglesia católica de Nueva York motivaron que el Padre Varela fuera nombrado Vicario General de la diócesis. El celo apostólico y la preocupación por los jóvenes le llevaron a escribir su obra más profunda -“Cartas a Elpidio”- en la que dejó su testamento filosófico y humanístico.

Debilitado por el asma y por el excesivo trabajo, en el invierno de 1849 se trasladó a San Agustín, en Florida. No pudo recuperarse y aquí murió el 18 de febrero de 1853. Sus restos fueron trasladados a La Habana en 1912 y, al colocarlos en la urna de mármol, el Rector Leopoldo Berriel dijo: “Queden aquí por siempre, para su eterno descanso, bajo la respetuosa custodia de la Universidad de La Habana, incensados a perpetuidad por la veneración de los cubanos y de cuantos rindan homenaje a los grandes de la humanidad, los gloriosos restos del patriota purísimo, del educador, del filósofo insigne, del sacerdote inmaculado, inmortal en la memoria de sus ciudadanos y en la historia, Félix Varela”.

Juan Pablo II fue invitado a la Universidad de La Habana para rendir homenaje al que es *considerado por muchos*, dijo en su discurso, como *piedra fundacional de la nacionalidad cubana*. Elogiando su persona y su obra, subrayó el Papa esta enseñanza del Padre Félix Varela: *para asumir*

*responsablemente la existencia, lo primero que se debe aprender es el difícil arte de pensar correctamente y con cabeza propia*. También recordó que *él fue el primero que habló de independencia de estas tierras. Habló también de democracia, considerándola como el proyecto político más armónico con la naturaleza humana*. Siguió explicando el Santo Padre que de entre las exigencias que se derivan de la democracia, Varela destacaba dos: *Que haya personas educadas para la libertad y la responsabilidad (...) y que las relaciones humanas, así como el estilo de convivencia social, favorezcan los debidos espacios donde cada persona pueda, con el necesario respeto y solidaridad, desempeñar el papel histórico que le corresponde para dinamizar el Estado de Derecho, garantía esencial de toda convivencia humana que quiera considerarse democrática*.

Como catedrático universitario que fue y como catedrático universal que es desde que fue elegido Papa, Juan Pablo II seguía dictando su lección magistral. Fidel Castro, Abel Prieto, Ministro de Cultura y otros dirigentes del Partido Comunista, junto a profesores e intelectuales, escuchaban en atento silencio.

*Cristo es la vía que guía al hombre a la plenitud de sus dimensiones, el camino y conducto hacia una sociedad más justa, más libre, más humana y más solidaria*; así sintetizó el Santo Padre la herencia que el prócer cubano dejó para siempre. Y agregó: *el amor a Cristo y a Cuba, que iluminó la vida del Padre Varela, está en la raíz más honda de la cultura cubana*.

*Granma*, al reseñar el acto en su edición del sábado, había puesto como subtítulo de la primera página: "Rinde Su Santidad homenaje al presbítero Félix Varela y a José Martí". El cuerpo de la información decía con verdad, resumiendo el pensamiento del Papa, que la antorcha encendida por el Padre Varela fue recogida, poco después de su muerte "por esa personalidad relevante de la nación que es José Martí, escritor y maestro en el sentido más pleno de la palabra". Lo que no citó Granma fue este pensamiento de Juan Pablo II sobre Martí: "*él fue, sobre todo, un hombre de ley, coherente con sus valores éticos y animado por una espiritualidad de raíz eminentemente cristiana. Es considerado como un seguidor del pensamiento del Padre Varela, a quien llamó "el santo cubano".*

El Papa terminó su discurso depositando *de nuevo en las manos de la juventud cubana aquel legado, siempre necesario y siempre actual, del Padre de la cultura cubana, aquella misión, que el Padre Varela encomendó a sus*

*discípulos: "Diles que ellos son la dulce esperanza de la patria y que no hay patria sin virtud, ni virtud con impiedad".*

Entre aplausos calurosos se retiró Juan Pablo II del Aula Magna de la Universidad de La Habana, acompañado con afectuosa deferencia por Fidel Castro. El coro comenzó a cantar la magnífica versión de la *Salve Regina*, de Vitier.

El Papa se marchó despacio, saludando con cariño a cuantos veía. Cansado estaba. Mañana, aún, debía viajar a Santiago de Cuba.

No habían pasado diez minutos, acabado el acto, cuando José Luis vino a buscarme.

-¡Ya está todo arreglado! Vamos a la recepción del hotel.

Fuimos; yo, perplejo. Una de las encargadas nos atendió enseguida. Al rellenar el impreso con el número de la habitación -1617, ¿cómo olvidarla?- y entregarme las dos tarjetas magnéticas, de la puerta de entrada y de la luz, preguntó:

-¿Van a desayunar mañana?

-¡Sí, claro!, contestó José Luis. Y añadió en voz baja: -Vamos a ser reyes por un día...

Mientras subíamos al piso 17 no me dio muchas más explicaciones.

-¿No te dije que tuvieras confianza? Hay gente buena en todas partes, ya ves. Mañana desayunamos juntos, que descanses.

## Sábado 24

## MANIFESTACIÓN EN LA NOCHE DE LA HABANA




Tomás de Aquino, además de gran santo y fuera de serie en la historia del pensamiento, fue el hombre del sentido práctico. Un ejemplo entre un millón es éste: cuando en la Suma Teológica se refiere a la tristeza, explica que hay diferentes modos de liberarse de ella: la oración es el primero; hablar con los amigos es otro muy eficaz. Y agrega el Aquinate dos remedios más para curar ese mal: “dormir y bañarse”.

Me atrevo a añadir, como fruto de la propia experiencia, que si a estos dos últimos recursos se le añade un desayuno “cinco estrellas”, la tristeza -del tipo, al menos, que tenía yo- se va de inmediato. A José Luis, que me dio un tratamiento tan eficaz, le debo gratitud de por vida.

El 24 de enero festeja la Iglesia a San Francisco de Sales, que es patrono de los periodistas. A él se refirió José Luis en la Misa que volvimos a celebrar esta mañana en “Turquino”. Además de conmemorar al santo patrono, Obispo de Ginebra en el siglo XVI, que supo defender y difundir la verdad de la fe católica en tiempos especialmente difíciles, la Misa, por si fuera poco, trajo consigo la alegría de que varios de los asistentes -la feligresía había crecido a 35 o 40 personas, entre periodistas y empleados del hotel- quisieron confesarse.

Pero más allá del calendario y de cualquier otra celebración, fue la Virgen de la Caridad del Cobre quien, desde Santiago de Cuba y en toda la isla, de la mano del Papa Juan Pablo II, hizo de este sábado de enero la fiesta inolvidable.

La Madre de Dios, que es también madre de cada mujer y de cada hombre, tiene especial predilección por los niños, como es bien lógico. Más aún, su amor de verdadera madre sale a socorrer a sus hijos con infinitos recursos, ve más allá del tiempo sus necesidades, se adelanta, las remedia...

En Cuba, la Virgen Santísima decidió presentarse a los isleños de todos los tiempos en la primera hora de su historia. Tan evidente fue su presencia y con tanta rapidez su pueblo la acogió como Madre, que las raíces de la cubanía se encuentran en la imagen de la Virgen de la Caridad del Cobre.

Estamos en el año 1612 o comienzos de 1613. Rodrigo y Juan de Hoyos, dos inditos de 10 años, con Juan Moreno, un amiguito negro de la misma edad, se embarcan una mañana en una canoa, en la bahía de Nipe, con la intención de ir hacia una salina que estaba al otro lado. Apenas empieza a amanecer, cuando ven flotando en el agua algo que, desde lejos, les pareció un pájaro o una rama seca. Al acercarse descubren, con gran sorpresa, que era una imagen de la Virgen, con el Niño en brazos. En una tablita, junto con la imagen, está escrito: “Yo soy la Virgen de la Caridad”. Mayor es el asombro al darse cuenta de que el vestido de la Virgen no está mojado.

De aquí en adelante es fácil adivinar la historia... Juan Pablo II ha escrito que hay en el mundo una verdadera “geografía de los santuarios marianos”, testimonios perennes de la relación de amor, real y misteriosa, de los hijos con su Madre del Cielo: en Cuba, un precioso santuario levantado en la zona de las minas de cobre cercanas a Santiago, segunda ciudad del país, custodia a Nuestra Señora de la Caridad y recibe la devoción sin límites de los cubanos a la que es su Madre, su Reina y su Patrona.

## EL INFORME DEL ARZOBISPO

La Plaza Antonio Maceo, de Santiago de Cuba, se quedó chica para recibir a más de 200.000 mujeres y hombres que quisieron participar en la Misa de Juan Pablo II. Cuatro columnas apoyadas en cuatro dados de colores -blanco, negro, rojo y amarillo, símbolos de las razas que se han cruzado en Cuba- sostenían la cubierta del altar donde el Papa iba a celebrar el Santo Sacrificio. Antes de comenzar, el Arzobispo de Santiago, Pedro Claro Meurice Estíu, dirigió unas palabras de saludo al Santo Padre, como es costumbre.

Sentado a mi lado en el Salón de Embajadores, de la sala de prensa,

delante del televisor, el vaticanista de *Il Tempo*, como si quisiera asegurarse de que entendía bien, me preguntó:

- *Lei ha sentito questo Vescovo*? que había que traducir por: ¿usted está escuchando lo mismo que yo?

-Sí, respondí, está completando la información de Fidel.

El miércoles, en el aeropuerto, el Presidente había dicho en su discurso que Cuba era "un pueblo con menos desigualdades, menos ciudadanos sin amparo alguno, menos niños sin escuelas, menos enfermos sin hospitales, más maestros y más médicos por habitantes que cualquier otro país del mundo". Ahora, el Arzobispo de Santiago completaba el cuadro con fuertes pinceladas de contraste entre las que destaco:

- "Este es un pueblo, dijo, que tiene la riqueza de la alegría y de la pobreza material que lo entristece y agobia hasta no dejarlo ver más allá de la inmediata subsistencia".

- "Este es un pueblo que cada vez está más bloqueado por intereses foráneos y padece una cultura del egoísmo debido a la dura crisis económica y moral que sufrimos".

- "Nuestro pueblo es respetuoso de la autoridad y le gusta el orden, pero necesita aprender a desmitificar los falsos mesianismos".

- "Deseo presentar a todos aquellos cubanos y santiagueros que no encuentran sentido a sus vidas, que no han podido optar y desarrollar un proyecto de vida por causa de un camino de despersonalización que es fruto del paternalismo".

Cada afirmación de Monseñor Meurice era seguida de un fuerte aplauso. La ovación fue aún más vibrante cuando presentó también a los cubanos "que han confundido la Patria con un partido, la nación con el proceso histórico que hemos vivido en las últimas décadas, y la cultura con una ideología". A continuación, yendo a las raíces del problema, recordó: "Santo Padre: durante años este pueblo ha defendido la soberanía de sus fronteras geográficas con verdadera dignidad, pero hemos olvidado un tanto que esa independencia debe brotar de una soberanía de la persona humana, que sostiene desde abajo todo proyecto como nación".

Casi al terminar sus palabras, mereció otro fuerte aplauso cuando dijo: “la Iglesia en América Latina hizo en Puebla la opción por los pobres, y los más pobres entre nosotros son aquellos que no tienen el don preciado de la libertad”.



*Orando delante de la Patrona de Cuba.*

La coronación de la Virgen de la Caridad del Cobre, de manos del Papa, era un momento emotivo de la celebración que todos -los que estaban en Santiago y los que se encontraban espiritualmente presentes- esperaban con ilusionada alegría. Lo que tal vez no esperaba nadie era que, en el marco de la fiesta de la Virgen, Juan Pablo II tratara de algunos *aspectos de la llamada doctrina social de la Iglesia*, como él mismo dijo, que, en el presente de Cuba, fueron auténticos reclamos de libertad. Raúl Castro, hermano de Fidel, Ministro de Defensa, el hombre fuerte del régimen cubano, escuchaba con atención las palabras del Papa:

*La historia enseña que sin fe desaparece la virtud, los valores morales se oscurecen, no resplandece la verdad, la vida pierde su sentido trascendente y aun el servicio a la nación puede dejar de ser alentado por las motivaciones más profundas*, dijo el Santo Padre introduciendo la parte medular de su mensaje.

*La Iglesia llama a todos a encarnar la fe en la propia vida, como el mejor camino para el desarrollo integral del ser humano, creado a imagen y*

*semejanza de Dios, y para alcanzar la verdadera libertad, que incluye el reconocimiento de los derechos humanos y la justicia social. A este respecto, los laicos católicos, salvaguardando su propia identidad para poder ser "sal y fermento" en medio de la sociedad de la que forman parte, tienen el deber y el derecho de participar en el debate público en igualdad de oportunidades y en actitud de diálogo y reconciliación. Asimismo, el bien de una nación debe ser fomentado y procurado por los propios ciudadanos a través de medios pacíficos y graduales. De este modo cada persona, gozando de libertad de expresión, capacidad de iniciativa y de propuesta en el seno de la sociedad civil y de la adecuada libertad de asociación, podrá colaborar eficazmente en la búsqueda del bien común.*

Juan Pablo II enmarcó sus palabras en el contexto de la misión específica de la Iglesia, alejando así cualquier interpretación temporalista:

*La Iglesia, inmersa en la sociedad, no busca ninguna forma de poder político para desarrollar su misión, sino que quiere ser germen fecundo del bien común al hacerse presente en las estructuras sociales. Mira en primer lugar a la persona humana y a la comunidad en la que vive, sabiendo que su primer camino es el hombre concreto en medio de sus necesidades y aspiraciones. Todo lo que la Iglesia reclama para sí lo pone al servicio del hombre y de la sociedad. En efecto, Cristo le encargó llevar su mensaje a todos los pueblos, para lo cual necesita un espacio de libertad y los medios suficientes. Defendiendo su propia libertad* -Juan Pablo II hablaba en un tono de voz cada vez más fuerte, creciéndose frente al calor de Santiago de Cuba y metiendo puntos de fuego en los corazones- *la Iglesia defiende la de cada persona, la de las familias, la de las diversas organizaciones sociales, realidades vivas, que tienen derecho a un ámbito propio de autonomía y soberanía..*

Al terminar su homilía hizo su plegaria a la Virgen de la Caridad y coronó la imagen: emoción incontenible, aplausos y vivas, una devoción a la Madre de Dios y de los hombres, que está por encima de las ideologías y que ahora, en la palabra de Juan Pablo II, había descubierto que los hijos de Dios deben vivir y trabajar en libertad. *¡Madre de la reconciliación!*, la invocó el Papa. *Reúne a tu pueblo disperso por el mundo. Haz de la nación cubana un hogar de hermanos y hermanas, para que este pueblo abra de par en par su mente, su corazón y su vida a Cristo.*

## ACTO FUERA DE PROGRAMA



*Patio del Seminario de San Carlos.*

El programa de este penúltimo día no era menos intenso que los otros. Juan Pablo II llegaría a La Habana a las cuatro de la tarde y, tres horas después, tendría uno de los encuentros que espera con más ilusión en cada uno de sus viajes: en el santuario de San Lázaro, el Papa iba a reunirse con personas enfermas.

Tiempo tenía yo, al terminar la misa de Santiago de Cuba, para concretar una visita a La Habana Vieja, y conocer la Catedral, la Plaza, el Museo de Arte Colonial..., tantos lugares de los que me habían dicho: "vale la pena verlos". Como muchas veces me ha ocurrido -antes, durante y supongo que también después del viaje seguirá ocurriéndome- el paseo previsto terminó del modo más imprevisto: a las 11 de la noche llegaba a la parroquia del Carmen, después de participar, durante más de una hora y media, de una demostración de fe como no se veía en Cuba desde hace cuarenta años. Las cosas sucedieron así.

Era verdad que valía la pena conocer La Habana Vieja. En la Plaza se destaca la Catedral, que comenzó a construirse en 1727 como iglesia de los

Padres jesuitas y,  cincuenta años más tarde, fue acabada y transformada en el templo mayor de la ciudad. Es un edificio noble, sobrio, con una fachada llena de movimiento, gracias a las concavidades de sus muros. No era posible entrar a visitarla por razones de seguridad -el Papa se reunirá aquí mañana con sacerdotes, religiosos y seminaristas- y tuve que contentarme con rezar desde afuera.

Valía la pena conocer La Habana Vieja y perderse por sus calles angostas de nombres sabrosos: Obrapía, Lamparilla, Obispo, Cristo, San Juan de Dios, Peña Pobre... Las casas que dan a estas calles son muy pobres. Y sus habitantes tienen en su mirada la pobreza y una lucecita de esperanza.

- Padre, ¿tiene un rosario?

Me lo pide una mujer entrada en años, cuando salía de la Plaza hacia no sé qué calle. Sentí muchísimo no llevar ninguno. Se quedó contenta con la bendición.

Unas cuadras más adelante, recibo el mismo pedido... y doy idéntica respuesta. (Propósito firme: cuando vuelva a Cuba llevaré rosarios ¡por docenas!).

Vale la pena conocer La Habana Antigua. En los "paladares" de la zona hay turistas que se distraen tomando un aperitivo y ensayando algunos pasos de la "salsa" que interpretan y bailan para ellos y con ellos, algunos dólares mediante... Vale la pena conocer La Habana Antigua y encontrar una calle que se llama  Amargura y otra Jesús María y entonces rezar un Avemaría por la gente que vive en La Habana Antigua.

Serían las cuatro y media de la tarde cuando, después de volver a la plaza, caminé en dirección a la avenida del puerto, para tomar un taxi y regresar a la sala de prensa. Hice entonces un descubrimiento: atrás de la Catedral, un soberbio edificio de piedra.

Su muro exterior tiene la solidez y el encanto de las piedras, que se tallaban conscientemente para siempre. Me da una especial alegría, en la puerta de entrada -es un portón de madera rancia, bien cuidado- leer encima del dintel: "Seminario de San Carlos y San Ambrosio".

Está abierto y entro sin anunciarme. Entonces, en un instante, se paró el

tiempo. Estoy en el siglo XVIII, en un claustro perfecto, con columnas de perfecta sencillez. Piso el suelo por el que hace doscientos años corretearon el P. Félix Varela, José Martí y los fundadores de esta nación: aquí, en las aulas de este edificio se formaron, antes de que fuera destinado solamente a la enseñanza eclesiástica.



Las cuatro columnatas del claustro conforman un espacio que es por sí mismo un descanso. Lo preside una imagen del Sagrado Corazón de Jesús, que destaca su blancura sobre el entorno verde de plantas tropicales: este claustro contagia recogimiento y una paz fresca como sus palmeras.

Cuando entré en el seminario, tres muchachos estaban terminando de limpiar y poner en su sitio unos bancos. Se notaba que tenían cierto apuro por acabar. Me presenté y uno de ellos me explicó:

- Estamos terminando porque a las seis nos vamos a la Nunciatura: ¡vamos a esperar al Papa, cuando vuelva de San Lázaro!

- ¡Voy con ustedes!

No había que pensarlo demasiado. No podría ver el encuentro del Papa con los enfermos, pero éste de los seminaristas cubanos con Juan Pablo II valía la pena: mucho más que conocer La Habana Antigua.

Pude pasar a la capilla -digna, limpia, un buen sagrario, la pintura de un Cristo por retablo-, donde estuve rezando un rato. Al terminar bajé al claustro. Uno de los seminaristas se asomó.

- Padre, ¿quiere cenar algo? Vamos a volver tarde.

Iba de sorpresa en sorpresa. Al entrar en el comedor, los seminaristas ya estaban peinados y cambiados: todos de punta... en negro: con sotana y fajín azul en la cintura, como recuerdo que vestían en el seminario de Montevideo hace muchos años y como siguen vistiendo hoy en otros seminarios de América.

Compartimos un plato de arroz a la cubana, como era bien lógico, y aquí terminó la cena. Uno de los muchachos arregló el precio de un taxi para ir hasta el barrio Miramar, un viaje como desde nuestra Ciudad Vieja hasta Carrasco: cinco dólares, O.K. maestro.

Fui con tres de ellos. Estaban contentos, muy contentos y entusiasmados:

- ¡El Papa se merece todo!, exclamó uno, antes de preguntarme: Padre, ¿usted se da cuenta de lo que estamos viviendo?

Juan Carlos iba a mi lado. Ingeniero ya recibido, se le despertó su vocación al sacerdocio al terminar la carrera. Hablamos de sus estudios universitarios y del "milagro" -así dijo- de haber pasado por la universidad sin que las clases de doctrina marxista le afectaran: más aún, le ayudaron a buscar la fe con decisión. Hablamos del seminario "San Carlos y San Ambrosio", que es el único de Cuba en el que se pueden cursar completos los estudios previstos para la ordenación sacerdotal. El seminario es una joya arquitectónica, en el que viven alegremente incómodos noventa estudiantes. Compartí con mis compañeros de viaje la alegría de que el Papa iba a bendecir el domingo la piedra fundamental de un nuevo seminario.

El recorrido terminó unas pocas cuadras antes de la Nunciatura. En la vereda, durante una media hora, el grupo de los que íbamos a recibir al Papa fue creciendo. Dos características distinguían a sus integrantes: todos eran jóvenes y, ellas y ellos, consagrados a Dios en alguna institución religiosa. Y otras dos: vestían hábito religioso -marrones, blancos, celestes, azules- y disfrutaban de una serena alegría: se te ensanchaba el alma al estar con ellos. Serían un centenar y medio; estas chicas y estos muchachos están empeñados en trabajar para que Cuba, en pocos años, vuelva a la alegría de la fe.



La espera del Santo Padre, en la puerta de entrada de la Nunciatura, fue bullanguera, como era de suponer: una hora y media de farándula, canciones y ocurrencias, envueltas en banderas cubanas que llevaban entre tres o cuatro y con banderitas en las manos. ¿Se acuerdan ustedes de aquel viejísimo *Ay Mamainé, ay Mamainé, todos los negros tomamos café*? Como en un revival de mis tiempos mozos, allí estuvimos cantándolo con entusiasmo y con idéntica letra, al principio, hasta que predominó una versión más acorde con la circunstancia que nos reunía: *Ay Mamainé... hoy los cubanos tenemos más fe...*

Otra canción dominante era tan simple como el aire: *Una, dos y tres, qué Papa tan chévere* (tradúzcase por macanudo, encantador, buenísimo...), *nos vino a visitar*. Repítase con ritmo cincuenta veces, después otras cincuenta...

El Papa tan chévere llegó a la Nunciatura rozando las ocho y media de la noche. Juan Pablo II venía sentado en el asiento delantero del auto; en el de atrás, el Nuncio y el Cardenal Ortega. El Santo Padre bajó del coche y saludó sonriente a todos los que aplaudíamos de este lado de la reja de entrada. Entró en la casa seguido del Nuncio, Mons. Stella, en quien descubrí una sonrisa de gran complacencia por el recibimiento, a la vez que tomaba conciencia de que debía hacer algo.

El Papa estaba ahí, a muy pocos pasos. No se podía no gritar:

- ¡Juan Pablo, Segundo, asómate un segundo!, ¡Juan Pablo, hermano, queremos besar tu mano!

No habían pasado tres minutos cuando Monseñor Stella se asomó a una de las ventanas del primer piso de la Nunciatura, con un micrófono: el Santo

Padre iba a hablar. Cuando apareció en la ventana, el entusiasmo se hizo un grito y un aplauso hasta que las manos dolieron de alegría.

Juan Pablo II miraba sonriente a todos y a cada uno. Cinco días antes, en la puerta de la Nunciatura, el periodista brasileño había hablado de su "maratónico" viaje... Yo no veía en él, cuando ya estaba casi terminando su carrera por Cuba, ni señal de cansancio.

Impartió su bendición y se despidió con un cariñoso "Adiós". Se retiró el Papa, dejando atrás nuestros aplausos. El propósito del encuentro había terminado. Ahora había que volver a casa. Eran cerca de las nueve. La noche estaba fresca y húmeda.

Pensé que tomaríamos un taxi, como en el viaje de venida, o un ómnibus. Me equivocaba. Desde la calle 12 de Miramar, seminaristas, novicias y novicios fueron formando -espontáneamente o no, no lo pregunté- una procesión o, mejor dicho, una manifestación que rápidamente tuvo un carácter religioso-patriótico.

La patria era la bandera de Cuba, con la que cuatro seminaristas abrían el cortejo. La religiosidad de la marcha la daban los cánticos y slogans repetidos desde que tomamos la avenida 7 y, después de cruzar el puente sobre el río Almendares, seguimos por la calle Línea.

He contado sobre el mapa de La Habana que pateamos veinte cuadras, desde Línea hasta la Avenida de los Presidentes, y trece más hasta que, a las diez y media de la noche, llegué al Habana Libre. A lo largo del recorrido escuché y grabé:

"¡Se oye, se siente, el Papa está presente!", "¡Cuba para Cristo, Cuba para Cristo!", rítmicamente, con fuerte emoción en las voces. "¡Joven, no temas, con Cristo no hay quien pueda!". "¡Con el Papa, mañana, nos vemos en la plaza!". Y el rezo del Avemaría, y una canción que reiteraba su adhesión a Juan Pablo II: "Oye, ahí viene el Santo Padre robando corazones"...

Mientras caminábamos, uno de los seminaristas me comentó, conmovido:

- A usted le debe parecer normal todo esto, pero créame que es histórico: ¡es la primera vez que podemos manifestar públicamente nuestra fe!

Sin querer desanimarlo, no pude menos que confesarle:

- Normal, lo que se dice normal, no me parece que sea, ni aquí, ni en Montevideo ni en ningún sitio... Seminaristas de sotana y novicias y novicios de hábito, cantando por la calle a las diez de la noche... Pero... ¡viva el Papa!

Lo que no dije pero pensaba era cómo terminaría esta manifestación. Quizás fue entonces cuando este mismo seminarista, señalando a una caseta de policía que está, si no recuerdo mal, en Línea y Paseo, me llamó la atención:

- ¡Mire, mire los nervios que tiene el policía!

En efecto, al ver que nos acercábamos, el policía estaba hablando por teléfono indisimuladamente alterado, con toda seguridad para informar y pedir instrucciones.

A los pocos minutos, un patrullero estaba al lado nuestro, andando despacio. Llegó a la esquina, dobló a la derecha y continuó su camino.

¿No hubo ninguna reacción? Sí, las hubo. La gente, al oír los cantos y las consignas, salían a las puertas de sus casas o se asomaban a las ventanas de los apartamentos. Muchos no dijeron nada, pero mostraban simpatía. Otros, al menos tantos como los anteriores, a los gritos de ¡viva el Papa! respondieron con un ¡viva! o con aplausos. En una hora y cincuenta minutos de caminata, no escuché ninguna reacción en contra. Por la calle, varios autos tocaban la bocina en señal de adhesión y animaban:

- ¡Mañana nos vemos en la plaza!

Cansado llegué a la parroquia del Carmen, mientras los seminaristas continuaban caminando hasta La Habana Antigua. Cansado y muy contento. Y mañana, pensé, en la Plaza de la Revolución, todavía falta lo mejor.

## Domingo 25

## EL ESPIRITU SOPLÓ SOBRE CUBA



- Ahora sólo falta que el altar levante el vuelo y a nadie le llamará la atención.

Así lo pensé cuando terminó la Misa del Papa en la Plaza de la Revolución de La Habana, mientras miraba el altar vacío, debajo del gran toldo en forma de paloma con las alas extendidas. Una alegría sobrenatural hermanaba, sí, a no menos de 800.000 hombres y mujeres que habían compartido durante dos horas largas la Misa de Juan Pablo II: paz, gozo, corazón ardiente, necesidad de darse, plenitud... El cielo estaba muy cerca y habría sido natural que la paloma enorme, aleteando un poco, nos llevara tras ella.

En los casi veinte años de pontificado del Santo Padre, he tenido el privilegio de participar en varias celebraciones suyas: en Madrid, Toledo, Valencia, Roma, Montevideo, Sao Paulo... Siempre, al terminar, idéntica ha sido la sensación de gracia. No obstante, en la Misa de La Habana hubo más, si se puede hablar así.

A las 7.30 de la mañana llegamos los periodistas a la plaza, después de pasar la "revisión técnica" de rigor. El madrugón -los autobuses empezaron a salir desde el Habana Libre a las 6.00- formaba parte del trabajo, pero no pude menos que admirar la buena disposición de los funcionarios que nos atendieron, tanto en el control como en los teléfonos y en los puestos de comidas preparados para los informadores: quedó bien demostrada la

capacidad de organización del gobierno. No es que antes lo hubieran hecho mal -ya lo dije en su momento-, sino que ahora se notaba más que habían puesto de su parte lo mejor, para que esta Misa, la última del Papa en Cuba, fuera un broche de oro.

Entre el desafiante perfil del Ché Guevara de un lado, y el rostro pensativo de Martí, en el otro extremo de la plaza, dos horas antes de empezar la Misa ya estaba ocupada buena parte del espacio. Todos miraban hacia la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, colocada detrás de la paloma blanca del altar.

Un crucifijo de tamaño natural preside la celebración. Unos pasos más adelante, a su izquierda, la imagen de la Virgen de la Caridad del Cobre, que fue recibida entre aplausos y cantos. Cuatro animadores -el P. Teodoro, entre ellos- acortan la espera explicando el espíritu de la celebración eucarística y animando a cantar: no parece que tengan que esforzarse mucho para conseguirlo.

La tribuna de prensa para la que estoy acreditado, se encuentra justo detrás y un poco por encima de la Orquesta Sinfónica de La Habana. En un cemicírculo que rodea a los instrumentos, un coro de 420 voces. Visten túnicas azules. Son mujeres y hombres que llevan seis meses ensayando la Misa. Pertenecen a distintas parroquias de la ciudad y casi ninguno de ellos sabe música. Tienen buen oído, una buena directora –Alina Orraca- y muchas ganas de cantar en esta jornada que será  histórica.



*Ensayo del coro en el Teatro Nacional.*

El Papa fue recibido con música, aplausos y fuertes "¡Viva el Papa!" y "¡Juan Pablo II te quiere todo el mundo!". Concelebran la Misa, 15 Cardenales, 132 Obispos -antes pude saludar a Mons. Luis del Castillo, Obispo Auxiliar de Montevideo- y 300 sacerdotes.

El Santo Padre se movía despacio por el plano inclinado que lo llevaba hasta el altar: agarrándose con la mano derecha a la baranda, casi arrastraba sus pies. Sonreía, sin embargo. Y agradecí, al menos, el sol ausente y el viento suave que nos refrescaba: así sería más fácil.

La presentación del Cardenal Ortega, breve y sobria. Las lecturas, leídas como se debe: sin prisa y sin pausas artificiosas. Los acólitos, perfectos en sus diversos papeles. Todo ha sido ensayado al detalle.

Después de la lectura del Evangelio, un detalle fuera de programa. Estaba previsto que Juan Pablo II entregara personalmente un ejemplar de la Sagrada Escritura a una veintena de personas. El Cardenal Ortega, a su lado, le alcanza al Papa cada libro, mientras le explica quién es el destinatario. Cada uno de éstos, al recibir el regalo, besó la mano del Santo Padre y se retiró.

La excepción fue una mujer, una anciana que parecía salida de un libro de cuentos, vestida de abuela: cabello gris, un par de anteojos antiguos y un blanco rebozo de lana cubriendo su espalda y sus hombros. Al verla subir despacito los escalones, hasta el altar, para recibir su Biblia de manos del Papa, recordé lo que Juan Pablo II había escrito en el Mensaje a los jóvenes cubanos, en Camagüey: *He podido comprobar y admirar con emoción la fidelidad de muchos de ustedes a la fe recibida de los mayores, tantas veces transmitida en el regazo de las madres y abuelas durante estas últimas décadas en las que la voz de la Iglesia parecía sofocada*. Esta anciana traía consigo la representación no oficial de todas las abuelas de Cuba. Al entregarle el Papa su libro, no respondió ella con el beso protocolar, sino con otro lleno de cariño y veneración, idéntico al que las abuelas dan a sus nietos, y acompañado de un abrazo. La Plaza de la Revolución se volcó entonces en un aplauso de colores: prácticamente todo el mundo tenía en las manos una banderita cubana o del Vaticano, globos blancos, amarillos, azules y rojos.

Llegó el momento de escuchar al Papa y Cuba entera guardó silencio. No exagero. Después de los saludos de estilo -el Santo Padre agradeció especialmente la presencia de Fidel Castro en la Misa- comenzó su predicación refiriéndose a un pasaje del Evangelio (San Lucas 4, 16-20) que

tiene una particular tensión.

**UN CLAMOR DE LIBERACIÓN**

Cuenta el evangelista que, al llegar Jesús a la sinagoga de Nazaret, "todos tenían los ojos fijos en él". El pasaje del profeta Isaías que Jesús leyó aplicándolo a sí mismo, y que ahora citaba el Papa, dice así: "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque Él me ha ungido. Me ha enviado para anunciar el Evangelio". Dijo Juan Pablo II *que todo ministro de Dios tiene que hacer suyas en su vida estas palabras que pronunció Jesús en Nazaret. Por eso,* agregó, *al estar entre ustedes quiero darles la buena noticia de la esperanza en Dios*. Igual que hace dos mil años ocurrió con Jesús, los cubanos pusieron los ojos y los oídos en lo que el Papa quería decir.



Fue directamente al tema: *les traigo este mensaje de amor y solidaridad que Jesucristo, con su venida, ofrece a todos los hombres de todos los tiempos*. Y explicó, para atajar malentendidos: *No se trata en absoluto de una ideología ni de un sistema económico o político nuevo, sino de un camino de paz, justicia y libertad verdaderas.*

Decir esto y arrancarse en la plaza un fuerte aplauso, fue una misma cosa. Desde el primer momento el público sintonizaba perfectamente con el mensaje del Papa. A partir de este momento, las interrupciones fueron continuas, algunas de ellas literalmente estremecedoras.

Juan Pablo II predicó un mensaje centrado en la Doctrina Social de la Iglesia, tratando de explicar las raíces de sus conceptos fundamentales y enseñando sus consecuencias prácticas. Comenzó recordando *cómo "los sistemas ideológicos y económicos que se han ido sucediendo en los dos últimos siglos con frecuencia han fomentado el enfrentamiento como método, ya que contenían en sus programas los gérmenes de la oposición y de la desunión. Algunos de esos sistemas*, continuó, en clara referencia a la durísima experiencia de los regímenes comunistas, como el que sigue vigente en Cuba, *han pretendido también reducir la religión a la esfera meramente individual, despojándola de todo influjo o relevancia social. En este sentido*, añadió, *cabe recordar que un Estado moderno no puede hacer del ateísmo o de la religión uno de sus ordenamientos políticos. El Estado, lejos de todo fanatismo o secularismo extremo, debe promover un sereno clima social y una legislación adecuada que permita a cada persona y a cada confesión religiosa vivir libremente su fe...*

Llegado a este punto, los aplausos no lo dejaron continuar. Más aún: en medio del golpear de manos de miles de personas, empezó a escucharse, cada vez más potente, este grito: ¡CUBA CATOLICA SIEMPRE FUE!, ¡CUBA CATOLICA SIEMPRE FUE!

Juan Pablo II, superando las exclamaciones, elevó su voz y terminó su pensamiento: ... *vivir libremente su fe, expresarla en los ámbitos de la vida pública y contar con los medios y espacios suficientes para aportar a la vida nacional sus riquezas espirituales, morales y cívicas*.

El Papa siguió adelante, refiriéndose a otro materialismo de distinto signo, fomentado por determinados países y organismos, que ahoga la vida de no pocas naciones: se trata de *"una forma de neoliberalismo capitalista que subordina la persona humana y condiciona el desarrollo de los pueblos a las fuerzas ciegas del mercado, gravando desde sus centros de poder a los países menos favorecidos con cargas insoportables*". La gente aplaude. *"Así,* prosigue, *en ocasiones, se imponen a las naciones, como condiciones para recibir nuevas ayudas, programas económicos insostenibles*. *De este modo se asiste en el concierto de las naciones al enriquecimiento exagerado de unos pocos a costa del empobrecimiento creciente de muchos* -Juan Pablo II ha ido levantando cada vez más su voz- *de forma que ¡los ricos son cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres!*

Este es el diagnóstico social de nuestro mundo enfermo, cuando el tiempo que falta para el año 2.000 se cuenta ya por días. ¿Qué remedio ofrece la Iglesia para enfrentar estos males? *Frente a estos sistemas,* continuó el Papa*, ella presenta la cultura del amor y de la vida, devolviendo a la humanidad la esperanza en el poder transformador del amor vivido en la unidad querida por Cristo. Para ello,* explica*, hay que recorrer un camino de reconciliación, de diálogo y de acogida fraterna del prójimo, de todo prójimo*.

Después de casi veinte años de pontificado, de siembra intensa y permanente de enseñanzas que tienen su raíz en el evangelio, el Papa vio conveniente explicar una vez más -era la primera vez que los cubanos lo escuchaban- los motivos de su predicación. *En diversas ocasiones*, dijo, *me he referido a los temas sociales. Es preciso continuar hablando de ello mientras en el mundo haya una injusticia, por pequeña que sea, pues de lo contrario la Iglesia no sería fiel a la misión confiada por Jesucristo. Está en juego el hombre, la persona concreta*, afirma, repitiendo lo que ya dijo en su primera encíclica, "El Redentor del hombre", de marzo de 1979, en la que expuso el programa de su pontificado. Las ideas son las mismas; el tono de voz del Papa, en cambio, se hace más y más fuerte cuando afirma: *Aunque los tiempos y las circunstancias cambien, siempre hay quienes necesitan de la voz de la Iglesia para que sean reconocidas sus angustias, sus dolores y sus miserias. Los que se encuentren en estas circunstancias pueden ¡estar seguros! de que no quedarán defraudados, pues la Iglesia está con ellos y el Papa abraza con el corazón y con su palabra de aliento a todo aquel que sufre la injusticia.*

¿Quién no se sintió identificado? La plaza entera estalló en aplausos de entusiasmo. Y entonces, dominando la escena con maestría insuperable, se oyó decir a Juan Pablo II en tono socarrón y divertido: *Yo no soy contrario a los aplausos, porque cuando aplauden el Papa puede reposar*...

El cameraman de Televisión Española que estaba a mi lado, en la tribuna de prensa, de pura admiración exclamó:

- ¡Qué, tío, qué tío!

Se sintió en la obligación de confiarme:

- Mire usted: hay cosas del Papa con las que yo no estoy de acuerdo, pero este hombre es ¡fantástico, es un fuera de serie, es... asombroso!

Juan Pablo II continuó su lección. Frente a la prédica de la lucha de clases y de la ley del más fuerte, *las enseñanzas de Jesús conservan íntegro su valor a las puertas del año 2000. (...) Si la invitación del Maestro a la justicia, al servicio y al amor es acogida como Buena Nueva, entonces el corazón se ensancha, se transforman los criterios y nace la cultura del amor y de la vida. Este es el gran cambio que la sociedad necesita y espera, y sólo podrá alcanzarse si primero se produce la conversión del corazón de cada uno, como condición para los necesarios cambios en las estructuras de la sociedad*.

De entre los aplausos de la multitud se abrió paso un nuevo grito de entusiasmo: ¡JUAN PABLO, HERMANO, YA ERES UN CUBANO!.

Aquel día, en la sinagoga de Nazaret, cuando todos tenían puestos sus ojos en él, Jesús había citado completo el texto de Isaías. Así lo hizo también Juan Pablo II: "El Espíritu del Señor me ha enviado para anunciar a los cautivos la libertad... para dar libertad a los oprimidos (Lc 4, 18)". Quería el Papa llegar a la raíz del mensaje evangélico: *la buena noticia de Jesús va acompañada de un anuncio de libertad, apoyada sobre el sólido fundamento de la verdad*, dijo, para explicar enseguida que *la libertad que no se funda en la verdad condiciona de tal forma al hombre que algunas veces lo hace objeto y no sujeto de su entorno social, cultural, económico y político, dejándolo casi sin ninguna iniciativa para su desarrollo personal.*

Otra vez los aplausos, que no dejaban seguir a Juan Pablo II. Pero continuó explicando: *otras veces esa libertad es de talante individualista y, al no tener en cuenta la libertad de los demás, encierra al hombre en su egoísmo*. El Papa continuó subrayando ideas que son roca inamovible para la convivencia, porque, primero, son roca inamovible del hombre: *la conquista de la libertad en la responsabilidad es una tarea imprescindible para toda persona. Para los cristianos, la libertad de los hijos de Dios no es solamente un don y una tarea, sino que alcanzarla supone un inapreciable testimonio y un genuino aporte en el camino de la liberación de todo el género humano*.

El Papa acababa de pronunciar esta palabra clave -liberación- falsificada por el marxismo. Subrayó: *Esta liberación no se reduce a los aspectos sociales y políticos, sino que encuentra su plenitud en el ejercicio de la libertad de conciencia, base y fundamento de los otros derechos humanos*.

Al terminar esta frase, nunca la Plaza de la Revolución sintió tan profundamente su nombre. ¡EL PAPA, LIBRE, NOS QUIERE A TODOS LIBRES!, ¡EL PAPA, LIBRE, NOS QUIERE A TODOS LIBRES!, coreaba la multitud de hombres y mujeres. ¿Qué era este grito, si no la expresión de la más radical de las revoluciones? Juan Pablo II, al escuchar el clamor, reiteró:

- *¡Sí, libres, con la libertad con que Cristo nos ha liberado!*

Y de nuevo, para quitar tensión al momento, improvisó:

- *¡Sois un auditorio muy activo!...* (La gente se ríe). *Pero debemos continuar: todavía falta una página...*

En esta última parte, el Papa se va a referir al *pensamiento lúcido de los padres de la Patria*, el P. Félix Varela y José Martí. El Santo Padre cita un texto del prócer laico, haciendo ver que *la doctrina de José Martí sobre el amor entre todos los hombres tiene raíces hondamente evangélicas*: "*...la religión del Nazareno sedujo a todos los hombres honrados. Todo pueblo necesita ser religioso. No sólo lo es esencialmente, sino que por su propia utilidad debe serlo... Un pueblo irreligioso morirá, porque nada en él alimenta la virtud. Las injusticias humanas disgustan de ella; es necesario que la justicia celeste la garantice".*

Juan Pablo II llegó al final de su mensaje con una exhortación, que era el eco de lo que había pedido apenas pisó tierra cubana: *Como saben, Cuba tiene un alma cristiana y eso la ha llevado a tener una vocación universal. Llamada a vencer el aislamiento, ha de abrirse al mundo y el mundo debe acercarse a Cuba, a su pueblo, a sus hijos, que son sin duda su mayor riqueza. ¡Esta es la hora de emprender los nuevos caminos que exigen los tiempos de renovación que vivimos, al acercarse el Tercer milenio de la era cristiana!*

Invocando a la Virgen de la Caridad del Cobre, Reina de Cuba, terminaba el texto de la homilía del Papa. Pero Juan Pablo II debió continuar.

Inspirado en el libro de los Hechos de los Apóstoles (2, 2). que relata la llegada del Espíritu Santo, el día de Pentecostés, "como un viento impetuoso", volvió a improvisar:

*Este viento de hoy es muy significativo,* dijo refiriéndose a la brisa que

no había dejado de soplar desde el comienzo de la celebración, *porque el viento simboliza al Espíritu Santo*. Y añadió, con fuerza, en latín*: ¡Spiritus flat ubi vult!, ¡Spiritus vult flare a Cuba*!

- ¿Qué ha dicho, qué ha dicho?, se preguntaban y me preguntaban varios periodistas, mientras la muchedumbre coreaba:

- ¡LO SÉ, LO HE VISTO, CON EL PAPA VIENE CRISTO!.

Juan Pablo II afirmó entonces, sorprendiendo a todos:

- *¡Han entendido, han entendido las últimas palabras en lengua latina! Porque ¡Cuba es latina, es América Latina, es de la tradición latina!*

Todo el mundo aplaudía a rabiar. Resumiendo mejor su pensamiento, insistió:

- *Entonces, ¡Spiritus flat, flat ubi vult et vult a Cuba*!". Y se despidió con un sonoro: *¡Adiós!,* equivalente evidente a "¡He dicho!".

Costaba mucho creer lo que estábamos viviendo. La voz de Juan Pablo II tenía la misma energía que hace 15 años y no guardaba relación con el Papa que había llegado a la plaza casi sin fuerzas. Nunca, hasta hoy, le había oído hablar con semejante vigor. ¿Y esta alegría, y la paz entusiasmante que se "tocaba"?: ¡era, realmente, una nueva Pentecostés!

Expliqué repetidas veces a los periodistas que Juan Pablo II se había inspirado en las palabras que Jesús le dijo una noche a un hombre llamado Nicodemo, y que se encuentran en el evangelio de San Juan (3, 8): "el Espíritu sopla donde quiere"... (*Spiritus flat ubi vult*...) ¿Y por qué habló en latín? preguntaba uno. -¡Habrá que preguntarle al Papa! - ¿Y por qué no lo tradujo? - ¡El Espíritu Santo lo sabrá!

La Santa Misa continuó, solemne y alegre, muy alegre. En el momento de distribuir la Eucaristía, chicas y muchachos encargados del orden alzaron unas pancartas rojas, bien confeccionadas, con el símbolo eucarístico y el letrero "Comunión", para indicar a los fieles dónde podrán recibirla. Todo ha sido previsto.




A Juan Pablo II le costó despedirse. Terminada la Misa se acercó despacito, agarrado a la baranda, hasta la esquina donde se encontraba la orquesta y el coro. Los saludó con mucho cariño, agradecido.

Desde la tribuna de prensa no veía a Fidel Castro. Un sacerdote concelebrante, que le dio el saludo de paz, me dijo que lo había notado conmovido. Antes de que el Papa abandonara la Plaza, Fidel se acercó a despedirlo.

## ¿POR QUÉ LLORAN LOS CIELOS CUBANOS?

Los cientos de miles de personas se fueron retirando de la Plaza. A los que estaban cerca del altar les faltó tiempo para abalanzarse sobre las flores que adornaban el conjunto y llevárselas de recuerdo. Miré por última vez el lugar, ahora tan vacío, pensando que sería natural que el altar levantara el vuelo.

A mis espaldas, me llegó una voz conocida.

- ¡Padrecito, qué alegría verlo!

María Luisa, la periodista mexicana de Cable Visión, era una especie de Magdalena en el día de Pascua, toda ella una sonrisa.

-¡Qué maravilla, qué extraordinario, qué suerte, qué fantástico!...

María Luisa estaba feliz y, como buena mexicana, compartía su felicidad con la Virgen de Guadalupe. Esto no es una idea o una exageración: así hacen los mexicanos con sus alegrías y con sus penas: las comparten con su Madre. María Luisa llevaba en su mano un sobre grande. Mientras lo abría me dijo:

- ¡Padre, llévesela a Uruguay!

Era una reproducción, preciosa, de 50 centímetros, de la imagen de la Virgen de Guadalupe. Era lo último que faltaba, para hacer de esta Misa la fiesta inolvidable.

Fui hasta el ómnibus de prensa, caminando por la plaza de la mano de la Virgen. Alegría serena en la gente, paz, hermandad profunda, una atmósfera -y créanme, no soy ningún místico- que no era de este mundo.

Ahora, a comer algo y a trabajar. Quería leer despacio la homilía del Papa, estudiarla. Quería ver por televisión el encuentro que tendría en la Catedral y, después, la despedida de Cuba. Tenía que escribir la crónica del viaje para la revista española "Palabra", de la que soy corresponsal, y enviarla lo antes posible. Pude hacer todo, gracias a Dios, además de otras tareas en las que no había pensado.

Mientras subía la gran escalera del hotel que lleva al primer piso, con mi imagen de la Virgen en la mano, en un descanso me detuvo una verdadera señora: cabello canoso, muy bien peinado, vestida y arreglada con distinción.

- Padre, por favor...

- ¿En qué puedo ayudarla?

- Padre, por favor, rece por nosotros, por Cuba.

Entonces me fijé en ella, que con su elegancia no podía ocultar la pena que llevaba entre los pliegues del alma.

- Si usted supiera..., continuó. La Misa del Papa ha sido un regalo del cielo, pero esta tarde todo se acaba... Padre, hace muchos años que yo no puedo ver a mi familia, que están fuera del país...

Los periodistas subían y bajaban al lado nuestro. Traté de animarla, de sostener su esperanza. Supe que era profesora de Universidad, pero que hacía años que no podía ejercer la docencia. Para ganarse la vida, ahora trataba de colocar obras de arte. Me dio una tarjeta suya. Leí su nombre y entendí enseguida que la imagen de la Virgen que yo llevaba no era para Uruguay, sino para ella.

- María Luisa, esta imagen de la Virgen de Guadalupe me la acaba de dar otra María Luisa, también madre de familia, como usted: ya ve que no está sola.

Se conmovió, agradecidísima.

Del encuentro del Papa con los sacerdotes, religiosos y seminaristas, en la Catedral, poco y nada vi en la sala de prensa, mientras sentado delante de una computadora trataba de estudiar la homilía y de ordenar algunas ideas. El ambiente de "cierre general" no era el mejor para concentrarse.

Había empezado a lloviznar en La Habana, cuando Juan Pablo II salió de la Catedral y emprendió el camino hacia el aeropuerto.

Aquí es necesario hacer una breve digresión sobre el tiempo: no sobre el tiempo atmosférico, sino sobre los distintos modos de percibir el transcurso del tiempo. El problema que a veces me ha preocupado es éste: ¿por qué algunos periodistas, de cuya buena voluntad no dudo, al informar sobre el Papa no lo hacen fielmente? Me parece que, entre otros factores, la dificultad se encuentra en los modos distintos de contar el tiempo: los periodistas lo cuentan según lo que pasa y es noticia; el Papa, en cambio, cuenta el tiempo, según lo que queda. Para los periodistas, el futuro es dentro de 24 horas y lo que pasó ayer ya es historia; para el Papa, el futuro son siglos... hasta la eternidad.

Para los periodistas, lo importante era saber si Juan Pablo II condenaría o no el bloqueo de Estados Unidos a Cuba. Para el Papa, pienso yo, lo más importante era el bloqueo de Dios que sufren los cubanos. (Una mujer, una vez más, con la intuición tan propia de su "genio", hace dos días me dijo: -Puede ser que termine el bloqueo, pero si no nos desbloqueamos por dentro...).

La digresión viene a cuento a la hora de relatar y de interpretar lo que dijo Juan Pablo II cuando se despidió de Cuba. Primero habló Fidel Castro

sobre el bloqueo, calificándolo, con razón, de “crimen monstruoso que no se puede pasar por alto ni admite excusas”. Después tomó la palabra el Papa. En su mensaje a los jóvenes cubanos ya había dicho que los embargos económicos *son siempre condenables por lesionar a los más necesitados.* Ahora, al despedirse, fue aún más explícito: *en nuestros días ninguna nación puede vivir sola. Por eso, el pueblo cubano no puede verse privado de los vínculos con los otros pueblos, que son necesarios para el desarrollo económico, social y cultural, especialmente cuando el aislamiento prolongado repercute de manera indiscriminada en la población, acrecentando las dificultades de los más débiles en aspectos básicos como la alimentación, la sanidad y la educación*. Todavía más, dijo que *“las medidas económicas restrictivas impuestas desde fuera del país son injustas y éticamente inaceptables.*



*Mirando vidrieras…*

Su pensamiento, pues, sobre el tema que preocupaba a los informadores de la opinión pública -por lo demás, ya lo había manifestado en otras ocasiones; ahora lo dijo en la propia Cuba, a 150 kilómetros de Estados Unidos- no necesitaba ninguna interpretación. Pero el Papa, al despedirse de los cubanos y apartándose del texto de su discurso, dijo algo que, en mi opinión, refleja su propio balance del viaje.

Al igual que en la mañana, cuando se refirió al viento como signo del Espíritu Santo que quiere soplar sobre Cuba, al terminar su discurso Juan Pablo II tomó pie de la lluvia que había empezado a caer cuando salía de la Catedral.

- *¿Por qué*, se preguntó, *después de estos días calurosos, lloran los cielos cubanos?* Respondiéndose, dijo que sería superficial pensar que era "porque el Papa se va"... *La verdadera interpretación,* explicó, había que buscarla en el Adviento: *Rorate coeli desuper et nubes pluant Iustum*, dijo nuevamente en latín y tampoco lo tradujo. (Es el texto del profeta Isaías 45, 8, que se aplica al Mesías y que la Iglesia lo considera en el tiempo litúrgico del Adviento, mientras alimenta su Esperanza porque llega la Navidad: "Dejen, cielos, caer su rocío, y que las nubes lluevan al Justo", al Salvador). *Esta lluvia puede significar un adviento,* concluyó. *Y yo quiero expresar mis votos de que esta lluvia sea el signo de un nuevo adviento en vuestra historia*.

Por la mañana, en la histórica Misa de la plaza de la Revolución, Juan Pablo II había afirmado rotundamente que Dios quiere vivir en el pueblo cubano; al marcharse de la isla, animó a los hombres y mujeres de Cuba a fomentar la virtud de la esperanza.

En este contexto, adquiere aún más relieve la respuesta que dio el Papa, durante el vuelo Roma-La Habana, a un periodista que le preguntó qué esperaba de este viaje. Su respuesta fue:

- *Quien viva lo verá.*

## Lunes 26

## COSAS QUE PASAN Y COSAS QUE QUEDAN

Anoche, mientras preparaba en mi cuarto de la parroquia del Carmen la crónica de esta mañana -¡la última!-, encontré en unos versos de Martí la síntesis de lo que ha hecho Juan Pablo II en Cuba:

*Cuando al peso de la Cruz / el hombre morir resuelve / sale a hacer el bien y vuelve / como en un baño de luz.*

Es exacto. Desde que llegó a La Habana el miércoles, hasta ayer a las 7 de la tarde, cuando se marchó, los cubanos y el mundo entero han visto a Juan Pablo II no parar un momento, exigiéndose por encima de sus fuerzas, conjugando los difíciles verbos del servicio -es el peso de la Cruz- en todas sus posibilidades: saludar en cada acto a representantes del gobierno y de la Iglesia; interesarse por sus nombres, por sus cargos, por sus circunstancias; animar con cariño de padre y fortaleza de pastor a los fieles de Santa Clara, Camagüey, Santiago y La Habana; escuchar con interés las palabras dirigidas a él; besar con especial amor a los niños y a los enfermos; recibir con alegría el saludo espontáneo de tantos...

Para servir a la Iglesia que está en la Perla de las Antillas, para llegar al corazón de cada hombre y de cada mujer cubanos, ha tenido que subir y bajar diez veces del avión, ha soportado el calor, ha pronunciado doce discursos. Se diría que, para cargar una cruz tan pesada, habría que tener treinta años menos... y estar sano. Juan Pablo II renguea, se apoya en un bastón y no puede ocultar el temblor de su mano izquierda. No obstante, sonríe y contagia su buen humor. ¿Cuál es su secreto?

### ENSAYO DE BALANCE

A las 6 y media de la mañana me despedí de las secretarias que durante estos días atendieron, las 24 horas, la sala de prensa. Las primeras veces me llamaban "señor"; hoy me dicen "Padre" y están agradecidísimas cuando les dejo unas estampas de recuerdo, con el encargo de que recen.

Desayuno en el bar del hotel. El muchacho al que siempre he visto atento y eficaz en su trabajo, está radiante porque ayer consiguió ¡un rosario!.

Le dejo varias estampas, que reparte enseguida a sus compañeros. La muchacha que está en la cocina se asoma: - ¿Y para mí?... Se despiden con mucho cariño, pidiéndome que vuelva.




A las 9, después de celebrar Misa, fui a la oficina de Aerolíneas de México, para confirmar mi vuelo del mediodía a Cancún. En cuanto llego a la calle 23 oigo el saludo:

- ¡Buenos días, Padre!, ¿me da la bendición?, ¿ya se va, pasó bien en Cuba?

Es un chico veinteañero, que me acompaña hasta la oficina con una esperanza:

- ¿No se lleva algo de recuerdo? Le puedo ofrecer ron y Cohibas a muy buen precio.

La verdad es que tengo amigos en Montevideo a los que les encantará fumarse un puro cubano...

- ¿A cuánto me vas a dejar los Cohibas?

- Para usted, Padre, una caja de 25, a 40 dólares.

Le digo que no, que es carísimo, mientras llegamos a la oficina. Él dice que me va a esperar.

Cuando termino la gestión tiene una nueva oferta:

- ¿Qué le parece si se los lleva por 25?

Los compré, claro.

En la parroquia, antes de salir para el aeropuerto, el P. Teodoro me cuenta que una feligrés lo llamó por teléfono esta mañana para decirle:

- ¡En mi trabajo es un sueño; hay una alegría como nunca habíamos sentido!

- ¡Estos son los frutos de la siembra del Papa!, comenta el P. Teodoro, que me había dicho por teléfono, cuando hablé con él por primera vez desde Montevideo: - ¡Esperamos dones y dádivas del cielo!

El taxi que me llevó al aeropuerto, como los que he tomado estos días, tampoco era oficial. Su lentitud y mi impaciencia porque no llegábamos a tiempo, las compensó el buen humor del taxista, que en todo encontraba un motivo para reírse: desde el "camello" (un vehículo de transporte colectivo) que iba repleto, hasta los tosidos de su Peugeot 403: "a veces se queda afónico, pero ¿verdad que canta bien?"...

La Habana-Cancún y, una hora después, Cancún-Sao Paulo-Montevideo: más de ocho horas imposibles de dormir. Imágenes, ideas e impresiones se atropellaban unas a otras, se ordenaban un segundo y volvían a desordenarse.

Fidel y su increíble discurso al llegar el Papa; Fidel y su afectuosa preocupación por el Papa. ¿Estaba conmovido de verdad? Fidel recibiendo solo y despidiendo solo al Papa: ¿solo con su utopía comunista?

Si fueran ciertos los logros revolucionarios, tan propagandeados, en materia de salud y educación, ¿a qué precio los ha conseguido? "¡El Papa, libre, nos quiere a todos libres!", gritaban ayer los cubanos, hartos de la falta de libertad de expresión, de religión, de reunión, de asociación, de información, de educación, de movimiento. ¿Es que no ha llegado aún la hora de escuchar al pueblo?

***La gente.*** ¡Qué buena es esta gente! Tienen una asombrosa capacidad de sufrir y de reírse. Viven a fuerza de resignación, sin tener qué comer y, por supuesto, sin ninguno de esos artículos que para nosotros son

“imprescindibles” y de los que está abarrotado cualquier supermercado. (Se me presenta la imagen de unas mujeres haciendo cola, para conseguir cuatro bananas verdes; y de otra mujer, delante de la vidriera de una farmacia, contemplando cinco frascos de champú, un tubo de pasta de dientes, dos jabones y tres frasquitos de esmalte para uñas...).

¿La culpa es sólo del bloqueo? De ninguna manera. - Padre, me ha dicho el taxista que me llevó al aeropuerto, aquí no tenemos ningún estímulo para trabajar, lo hace todo el Estado..., ¡y ya ve en qué estado nos encontramos!, disimuló bromeando.

La gente es así. Aún no se había ido el Papa de Cuba y ya estaban circulando de mano en mano estos versos anónimos, que reflejan lo insólita que resultó para muchos la peregrinación papal:

*¡Qué confusión hay formada / Yo no entiendo nada, nada / de Santa Revolución / Patriotismo... Religión / Ya aquí no se sabe bien / si aplaudir a Dios o a quién / y ya no sé de esta suerte / si hay que decir “Patria o Muerte” / o debo decir “Amén”.*

***La Iglesia***. Se han ganado a pulso la visita del Papa, cargando con la Cruz durante casi cuarenta años: sin apenas sacerdotes, expropiados templos y colegios, sin medios de información, sin dinero, sufriendo vigilancias y humillaciones. Pero han continuado tozudamente la siembra del Evangelio, heroicamente. Y prepararon a conciencia la visita del Vicario de Cristo: con mucha oración y trabajo. El Papa les ha dejado el tesoro de su predicación, que no tardará en dar frutos, también en vocaciones cubanas al sacerdocio, que urgen. Por lo demás, es tal el prestigio de la Iglesia que, cuando llegue la hora de la transición a un régimen de convivencia social en libertad, deberá jugar un papel de capital trascendencia.

***El Papa***. Me divierte recordar ahora los pronósticos de algunos influyentes medios de prensa, antes de empezar el viaje. “Seguramente Juan Pablo II hará un discurso genérico, sin agitar la corriente de los temas de fondo”, decía uno de ellos, alentando a la “prudencia”. Como en todos los sitios, el Papa no ha dejado de tocar ningún tema, por urticante que pudiera resultar. En Cuba, por otra parte, lo he visto más pontífice, más constructor de puentes.

*¡Que Cuba se abra al mundo y que el mundo se abra a Cuba!*, pidió al

llegar a la isla, como preludio de la condena ética formal del bloqueo económico. Y al despedirse*: Que las Naciones, y especialmente las que comparten el mismo patrimonio cristiano y la misma lengua, trabajen eficazmente por extender los beneficios de la unidad y la concordia, por aunar esfuerzos y superar obstáculos para que el pueblo cubano, protagonista de su historia, mantenga relaciones internacionales que favorezcan siempre el bien común.* ¿No es esto tender un gran puente, para que se beneficien 11 millones de hombres y mujeres?

Además, en estos cinco días Juan Pablo II ha puesto los pilares de otro puente aún más importante: es el que une a los hombres con Dios. Sus cimientos se llaman Fe, Esperanza, Amor a Dios y a los hombres, Ley de Dios, Sacramentos. Este segundo puente, que en Dios une a los hombres entre sí, es propiedad de la Iglesia, que ahora tendrá que terminar de construirlo y encargarse, después, de mantenerlo. Ojalá vean, los que tienen el poder en Cuba, que, además de un derecho elemental -el Papa ha insistido una y otra vez en esto- es para el bien de todos los cubanos facilitarle su trabajo.

*La Iglesia es maestra en humanidad,* dijo ayer Juan Pablo II en la Misa. En estos días lo he comprobado de muchas maneras, una de ellas por demás evidente. En las calles de La Habana resalta la promiscuidad entre la gente joven de ambos sexos, fruto en parte del ambiente tropical y, sobre todo, de la falta de educación de base en la materia. En el ámbito de la parroquia, en cambio, era llamativa, por el contraste, la naturalidad y el respeto entre muchachas y muchachos. Hay que estar ciego para no ver que la formación en los principios del cristianismo es un beneficio para toda la sociedad.

## EL SECRETO DEL PAPA

¿Cuál es el secreto del Papa?, me preguntaba. El secreto de su incansable actividad, de su capacidad para llegar a la gente, de su eficacia apostólica. Para conocer el secreto de Juan Pablo II hay que conocer el secreto de Pedro, el primer Papa, el hombre de quien él es sucesor.

La historia de su pontificado se encuentra relatada en el libro de los Hechos de los Apóstoles, que fue escrito por el evangelista San Lucas. En sus páginas, que tienen el interés y la emoción de una novela de aventuras, Pedro nunca aparece solo; más aún, cuando está en dificultades, cuando lo meten en la cárcel, cuando su vida corre algún peligro, es la Iglesia entera la que reza insistentemente por él, con la seguridad de que la oración y los sacrificios

obtendrían de Dios el auxilio necesario.

Hoy, en 1998 y desde que comenzó su pontificado, su sucesor tampoco está solo y recibe la misma ayuda que Pedro: en otras palabras, el secreto de Juan Pablo II son los aliados con que cuenta, una selección de hombres y mujeres que vale la pena conocer.

Susana es una de estas personas. Vive en Montevideo, está cumpliendo por segunda vez 25 años y, desde que tiene 18, necesita que la levanten de la cama, que la bañen, que la sienten, que la acuesten... Susana tiene una distrofia muscular progresiva que, a estas alturas, sólo le permite mover un poquito la cabeza y algo, con mucha dificultad, las manos.

Fui a verla el viernes, antes de salir para La Habana, para pedirle que rezara para que el Papa pudiera resistir el programa del viaje.

Con la seguridad que la caracteriza -en ella, el "genio femenino" es una voluntad de hierro que organiza cursos para las personas que atienden a discapacitados, dicta conferencias, escribe artículos en la prensa, trata con los legisladores...- respondió a mi petición sin dejar ningún espacio a la duda:

- Vaya tranquilo, Padre: el viaje del Papa será un éxito.

El sábado, víspera de mi partida, vi a otros tres aliados del Papa. Washington estaba internado en el sanatorio IMPASA. Le interesó muchísimo el viaje del Santo Padre a Cuba y me aseguró que ofrecería por él sus dolores, que no eran pocos. Nos despedimos "hasta la vuelta", engañándonos...

Al volver a casa recibí dos llamadas. Una era para que fuera a atender a Alberto, internado en el CTI del Hospital Británico. Lo encontré sereno, casi incapaz de hablar pero sí de escuchar y de asentir:

- Alberto, por la salud del Papa y para que el viaje dé muchos frutos.

La siguiente parada fue en el Hospital Policial, donde estaba internada una mujer fuera de serie, María Aurora, que vive en Río Negro y tiene una fe caudalosa como el mismo río. Había sufrido una hemiplejia, le habían hecho una traqueotomía y se encontraba... ¿para qué contarlo?

- María Aurora, ¿no es verdad que Dios ayuda a llevar el dolor? ¿Lo

ofrecerá por el Papa?

Levantó una ceja más expresiva que una declaración: -¡Ni lo dude!

El domingo, cuando iba al aeropuerto a tomar el avión, pasé otra vez por el Hospital Británico, para darle la Comunión a Gabriela, que había interrumpido sus vacaciones en Chile por una peritonitis. Le hice el mismo pedido.

Ya en el avión, rumbo a Sao Paulo-Cancún y La Habana, pensé que esta atención de enfermos extraordinaria, justo antes de salir de viaje, obedecía a una razón de eficacia espiritual: ¡había socorrido a los aliados del Papa!

El sábado 24, en el santuario de San Lázaro, con la experiencia de quien ha sufrido y sufre la enfermedad en carne propia, Juan Pablo II dijo a los enfermos: *Queridos hermanos, todo ser humano experimenta, de una forma u otra, el dolor y el sufrimiento en la propia vida y no puede dejar de interrogarse sobre su significado. El dolor es un misterio, muchas veces inescrutable para la razón. Forma parte del misterio de la persona humana, que sólo se esclarece en Jesucristo, que es quien revela al hombre su propia identidad. Sólo desde Él podremos encontrar el sentido a todo lo humano.*

Añadió también: *El sufrimiento no puede ser transformado y cambiado con una gracia exterior, sino interior... Pero este proceso interior no se desarrolla siempre de igual manera. Cristo no responde directamente ni en abstracto a esta pregunta sobre el sentido del sufrimiento. El hombre percibe su respuesta salvífica a medida que él mismo se convierte en partícipe de los sufrimientos de Cristo. La respuesta que llega mediante esta participación es... una llamada: "Sígueme", "Ven", toma parte con tu sufrimiento en esta obra de salvación del mundo, que se realiza a través de mi sufrimiento. Por medio de mi cruz.*

Vuelvo a los versos de Martí, compuestos "proféticamente" -¡quién lo hubiera dicho!- para el Papa y sus "aliados":

*Cuando al peso de la Cruz / el hombre morir resuelve / sale a hacer el bien y vuelve / como en un baño de luz.*

* * * * *

Ha pasado un año *(escribía en 1999)* desde que el Papa viajó a Cuba y algunas cosas ya han cambiado.

La primera y más importante: trescientos presos políticos, por quienes pidió Juan Pablo II a Fidel, fueron puestos en libertad. En San Lázaro, el Papa no se había referido solamente a los enfermos que están en los hospitales: habló también del sufrimiento "que padecen los segregados, los perseguidos, los encarcelados por diversos delitos o por razones de conciencia, por ideas pacíficas aunque discordantes. Estos últimos, subrayó, sufren un aislamiento y una pena por la que su conciencia no los condena, mientras desean incorporarse a la vida activa en espacios donde puedan expresar y proponer sus opiniones con respeto y tolerancia. Aliento a promover esfuerzos en vista de la reinserción social de la población penitenciaria".

Por otra parte, se ha dado un alivio del bloqueo americano: los cubanos de la isla podrán recibir dólares desde Estados Unidos, aunque aún en forma restringida.

La Secretaria de Estado norteamericana y el Ministro de Relaciones Exteriores de Cuba, fueron a Roma y conversaron en distintos momentos con Juan Pablo II.

Esto es algo de lo que pasa... En la columna de lo que queda, quizás no se sepa que en la última Pascua, en Cuba, se bautizaron más de 1.000 adultos. Tampoco se sabrá que un grupo de estudiantes de la Universidad de La Habana fue a visitar el Seminario e invitaron a los seminaristas a conocer la Universidad, y se ha establecido un diálogo entre ellos en torno a la figura del P. Félix Varela... La Navidad, después de décadas de olvido oficial, ha vuelto a celebrarse en Cuba... Estos son algunos frutos, aparentemente poco importantes, pero que quedan, conseguidos por Juan Pablo II en su visita a la isla.

Mientras tanto, el P. José Luis volvió a Uruguay y está trabajando en Montevideo. A Washington, aliado del Papa, ya no volví a verlo con vida: se fue a rezar por él, bien cerca de Dios.

Y Jorge, mi amigo uruguayo-cubano... Jorge disfrutó con los cuentos que le hice y cuando supo que dos periodistas cubanos lo recordaban con mucho afecto y admiración profesional.

Jorge escuchó también, con atención, el relato de la entrevista con aquella mujer, en el bar del hotel Habana Libre. Cuando terminé, exclamó:

- ¡Qué raro, qué raro!

En seguida me preguntó:

- ¿Qué tomaron la periodista y el muchacho que la acompañaba?

- Un sandwich de jamón y queso y una cerveza.

- ¿Y quién pagó la cuenta?

- Yo… ¡pero no vas a pensar que fue todo una historia para conseguir!...

- ¡No crea, no crea!, respondió Jorge, dejándome la sombra de una duda para siempre. ¡Consiguieron bastante!

A fin de cuentas, esto no es lo importante. A mediados de marzo, como era casi una rutina en él, Jorge se internó en el Hospital Maciel para operarse. Quedamos en que el 27 iríamos juntos al santuario de la Medalla Milagrosa (en esta fecha, cada mes, la Virgen recibe a sus hijos que es una delicia). No pudo ser, tuve que ir solo. El 31, a las cinco y cuarto de la tarde, fui al Maciel y lo encontré en las últimas. Se sonrió cuando le dije que estuviera tranquilo, que la Virgen lo había disculpado por no ir a verla... Volví a darle todos los consuelos que tiene la Iglesia para quien va a emprender el último viaje y me fui del hospital. Quince minutos después, Jorge se fue al cielo.